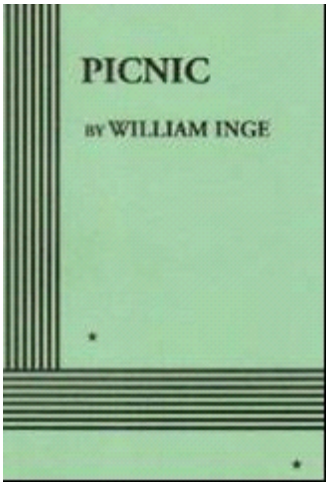
PICNIC

BY WILLIAM INGE


PICNIC
BY WILLIAM INGE

Conversion of WMF images is not supported

Use Microsoft Word or OpenOffice to save this RTF file as HTML and convert that in calibre.

calibre 2.41.0

WILLIAM INGE

PICNIC

ACTO PRIMERO

La acción tiene lugar en los porches y jardines de dos casitas situadas muy juntas una de la otra en una pequeña población de Kansas. La casa de la derecha pertenece a la SEÑORA FLORA OWENS, *viuda de unos cuarenta años de edad, que vive con dos hijas jóvenes,* MAGDE *y* MILLIE. *El espectador solo ve parte de la casa. Desde los escalones y la puerta de entrada hasta la puerta trasera se extiende un porche alrededor de la parte visible de la casa. La de la izquierda está habitada por la* SEÑORA HELEN POTTS, *otra viuda, aunque de más edad, que vive con su inválida y anciana madre. Solamente se ve la parte trasera de la casa, con unos escalones que dan acceso a la puerta. Un poco más allá hay una leñera, unida a la casa por el tejado. El espacio entre la leñera y la casa forma un angosto pasadizo, que conduce al resto de la propiedad de la* SEÑORA POTTS. *El jardín existente entre las dos casas es utilizado indistintamente por ambas familias para descansar y recibir a las visitas. Ambas construcciones son humildes moradas, sin otra pretensión que la de procurar confortable cobijo a sus ocupantes. No siempre sus respectivas dueñas pueden permitirse el lujo de pintarlas, pero trabajan sin descanso para conservarlas limpias y aseadas, cuidando el jardín, atendiendo con esmero a los macizos de flores, poniendo fundas de colores a los muebles que se ven en el porche. A espaldas de ambas casas hay una cerca de madera, con una puerta que se abre en la acera y da acceso al jardín que se extiende entre los dos edificios. Más allá de la valla, en la lejanía, se divisa el panorama de una pequeña y típica población del Medio Oeste, incluyendo un elevador de grano, una estación de ferrocarril, un gran silo y la torre de una iglesia, bendecido todo desde arriba por un cielo de candido azul.*

Al levantarse el telón aparece la escena desierta e intensamente iluminada por el sol. Es por la mañana temprano, en las postrimerías del verano, el día de la Fiesta del Trabajo, y el otoño ha empezado a poner en el verde del paisaje un borde pardusco. Todavía hay rocío, y en la distancia se eleva de la tierra una leve neblina. Aparece la SEÑORA POTTS *en el porche, a espaldas de su casa, a la izquierda. Es una mujercita simpática y regordeta, que está muy cerca de los sesenta. Desciende los escalones y se detiene delante de la leñera, esperando a* HAL CARTER. *Entra* HAL, *llevando sobre el hombro un cesto de broza. Es un joven extraordinariamente apuesto y atractivo, fornido, vestido con una camisa de manga corta, pantalón basto de algodón y botas de vaquero. En tiempos*

pasados se le habría calificado de vagabundo, pero hoy más bien se le tendría por un trotamundos, sin el matiz despectivo de la anterior expresión. La SEÑORA POTTS *se dirige a él.*

SEÑORA POTTS.—No ha desayunado usted mal, ¿eh? ¿No desearía descansar un rato antes de ponerse a trabajar?

HAL.—*(Esforzándose por parecer animoso.)* El trabajo me ayuda a hacer la digestión, señora.

SEÑORA POTTS.—Bueno, no me gusta verle cohibido solo porque me haya pedido que le dé un desayuno.

HAL.—Es la primera vez que lo hago.

SEÑORA POTTS.—¿Y qué importa? Todos sufrimos alguna desdicha en una u otra ocasión.

HAL.—Es que a mí me parece, señora, que yo aprovecho casi todas las ocasiones. *(Ríen los dos. La* SEÑORA POTTS *le guía por el pasadizo y ambos salen. Inmediatamente entra en escena, por la puerta de la cocina, a la derecha,* MILLIE OWENS. *Es una jovencita de dieciséis años, delgada y con nervio, bulliciosa y agresiva, pero simpática, cuando uno se da cuenta de que solo está tratando de ocultar su básica timidez. Tiene la secreta costumbre de salir después del desayuno para saborear un cigarrillo donde no pueda verla su madre. Está encendiéndolo en el preciso momento en que* BOMBER, *el vendedor de periódicos, aparece en la puerta trasera y arroja ruidosamente un periódico contra la casa. Esto da a* MILLIE *ocasión para meterse con él.)* MILLIE.—¡Eh, tú, majareta! ¿Es que quieres echar la casa abajo?

BOMBER.—*(Muchacho revoltoso, aproximadamente de la edad de* MILLIE.) No oigo una palabra.

MILLIE.—Si alguna vez rompes un cristal, vas a oírme.

BOMBER.—Vuélvete a la cama, anda.

MILLIE.—Y tú suénate la nariz.

BOMBER.—*(Mirando a la ventana superior de la casa, que presumiblemente corresponde a la habitación de* MILLIE.) Vete a la cama y dile a tu linda hermana que salga. No es nada divertido mirarte a ti. (MILLIE *no le hace caso; pero* BOMBER *no está dispuesto a dejarla en paz.)* ¡Estoy hablando contigo, so coco!

MILLIE.—*(Poniéndose en pie de un salto y lanzándose contra* BOMBER *con los puños en alto.)* ¡Retira eso que has dicho, miserable bastardo! ¡Retíralo!

BOMBER.—*(Riendo y esquivando fácilmente los golpes.)* ¡Escuchen a este coco! Jura como un carretero.

MILLIE.—*(Le persigue blandiendo los puños.)* ¡Te mataré, vil bastardo! ¡Te mataré!

BOMBER.—*(Esquivando los puñetazos.)* ¡Mirad a la compañera de Tarzán!

MADGE.—*(Aparece en la puerta trasera. Es una muchacha de dieciocho años, extraordinariamente hermosa, que parece tomar su belleza como la cosa más natural del mundo. Calza sandalias y lleva un sencillo vestido lavable. Se acaba de lavar la cabeza y se la está frotando con una toalla.)* ¿Quién está armando este alboroto?

BOMBER.—*(Con tímida sonrisa.)* ¡Hola, Madge!

MADGE.—Hola, Bomber.

BOMBER.—Espero no haberte despertado, Madge, ni molestado ni nada.

MADGE.—A mí no me molesta nada.

BOMBER.—*(Animándose.)* Oye, Madge: un grupo dé amigos estamos escotando para alquilar un bólido... con radio y todo. A mí me toca los viernes por la noche.

MADGE.—Yo no soy de esas chicas que se meten en un bólido en cuanto cualquiera de vosotros dobla la esquina tocando la bocina. Si un muchacho quiere salir conmigo, tiene que llamar a la puerta como un caballero y preguntar si estoy en casa.

MILLIE.—Alan Seymour le envía flores cada vez que salen juntos.

BOMBER.—*(A* MADGE.) Yo no puedo enviarte flores, muñeca, pero puedo venir a buscarte.

MILLIE.—¡Miren al jactancioso!

BOMBER.—*(Insistiendo.)* Deja que venga a recogerte alguna noche después que Seymour te haya traído a casa.

MADGE.—*(Con cierta altivez.)* Eso no sería correcto. Alan y yo hablamos en serio.

MILLIE.—¿No sabes lo que quiere decir "en serio", estúpido?

BOMBER.—Ya te he visto dar vueltas por ahí en su Cadillac, como si fueses una duquesa. ¿Por qué seréis tan estiradas todas las chicas bonitas?

MADGE.—*(Saltando furiosa.)* ¡Yo no soy estirada! ¡Retira eso ahora mismo, Bomber Gutzel!

BOMBER.—*(Insistiendo aún.)* Deja que venga a buscarte alguna noche..., te lo ruego. (MADGE *se aleja para evadirse de su asedio, pero* BOMBER *la sigue de cerca.)* Llevaremos unas botellas de cerveza y bajaremos hasta la carretera del río para escuchar música en la radio. (HAL CARTER *ha entrado por la derecha. Deja un rastrillo en la leñera y observa la escena que se desarrolla entre* MADGE *y* BOMBER.) MILLIE.—*(Burlándose de* BOMBER.) ¡Qué romántico!

BOMBER.—*(Apoderándose del brazo de* MADGE.) Vamos, Madge, no me cierres la puerta...

HAL.—*(A* BOMBER.) ¡Largándote, joven doncel!

BOMBER.—*(Volviéndose.)* ¿Quién es usted?

HAL.—¿Qué importa eso? Soy más grandullón que tú. (BOMBER *contempla a* HAL, *se siente empequeñecido y se marcha.)* MILLIE.—*(Gritándole a* BOMBER.) ¡Vete a vender tus periódicos! (*Le arroja una frambuesa en el momento en que* BOMBER *desaparece con los periódicos.)* HAL.—*(A* MILLIE.) ¿Tienes un cigarrillo, pequeña? (MILLIE *da a* HAL *un cigarrillo, preguntándose quién podrá ser aquel hombre.)* Gracias, pequeña.

MILLIE.—¿Trabaja usted para la señora Potts?

HAL.—Estoy haciendo unas faenas en el jardín.

MILLIE.—¿Le ha dado de desayunar?

HAL.—*(Embarazado por la pregunta.)* Sí.

MADGE.—¡Millie! Ocúpate de tus cosas.

HAL.—*(Volviéndose hacia* MADGE, *con el semblante iluminado.)* Hola.

MADGE.—Hola. (MADGE *y* HAL *se contemplan mutuamente, tímidos y turbados.* flO, *la madre, aparece casi inmediatamente, como si hubiera presentido la presencia de* HAL. *Lleva un cesto de costura en una mano y un vestido muy sencillo en el brazo opuesto. Es mujer de corta estatura y bastante impaciente, que ha trabajado mucho durante diez años o más para servir a sus hijas de padre y madre al mismo tiempo. Ha de percibirse que, bajo una cierta dureza de carácter, laten un profundo amor y una constante preocupación por las muchachas. Mira a* HAL *con recelo.)* flO.—Joven, esta es mi casa. ¿Desea algo?

HAL.—No, nada; estaba holgazaneando un poco, señora.

flO.—Hoy es un día muy atareado para nosotras. No tenemos tiempo para holgazanear. *(Entre* flO *y* HAL *se cruza una rápida mirada, como si cada uno de ellos percibiese en el otro una amenaza en potencia.)* HAL.—¿Es usted la madre?

flO.—Sí. Y ahora sería preferible que se retirase.

HAL.—Como usted diga, señora. Está en su casa. *(Se encoge de hombros y hace mutis con paso reposado.)* flO.—¿Ha encontrado Helen Potts a otro mendigo?

MADGE.—No veo que tenga que ser un mendigo por el solo hecho de que la señora Potts le haya dado de desayunar.

flO.—Hablaré con ella respecto a esa manera suya de admitir al primero que llega.

MADGE.—No estaba haciendo daño a nadie.

flO.—Apuesto cualquier cosa a que le gustaría hacerlo. *(Se sienta en el porche y empieza a coser en el vestido. Dirigiéndose a* MADGE.) ¿Has llamado a Alan esta mañana?

MADGE.—No he tenido tiempo.

MILLIE.—Vendrá muy temprano para llevarnos a nadar.

flO.—*(A* MADGE.) Dile que se espera que la concurrencia sea muy numerosa esta noche en el parque, y que no estaría de más que utilizase la influencia de su padre en el Ayuntamiento para reservar una mesa. ¡Ah!, y dile que esté junto al río, cerca de un hornillo portátil.

MADGE.—Va a pensar que soy una mandona.

flO.—Alan es de esos hombres a quienes no les importa que la mujer sea un poco mandona. *(Un tren silba a lo lejos.* MADGE *se queda escuchando.)* MADGE.—Siempre que oigo a ese tren acercarse a la ciudad siento una especie de excitación... aquí. *(Se oprime el estómago.)* MILLIE.—Siempre que lo oigo yo me digo que algún día lo tomaré para ir a Nueva York.

flO.—Ese tren solo llega hasta Tulsa.

MILLIE.—En Tulsa cogería otro.

MADGE.—Siempre pienso que un día un hombre maravilloso se apeará en esta estación, por puro accidente, y entrará en la tienda a comprar algo. Entonces me verá detrás del mostrador, me mirará de manera muy extraña y se dará cuenta de que yo soy la persona que están buscando en Washington para encomendarle una importante misión en el Departamento de Espionaje. *(Se entusiasma.)* O tal vez me necesite para efectuar algún gran experimento médico, que salve a toda la especie humana.

flO.—Esas cosas no pasan en una modesta tienda. *(Cambiando de tema.)* Millie, ¿quieres meter la leche?

MILLIE.—*(Haciendo mutis por la puerta de la cocina, con la leche.)* ¡Aaaah!

flO.—*(Al cabo de un momento.)* ¿Lo pasasteis bien Alan y tú anoche?

MADGE.—¡Pchs!...

flO.—¿Qué hicisteis?

MADGE.—Fuimos a su casa y puso algunos discos de música clásica.

flO.—*(Tras una pausa.)* ¿Y después?

MADGE.—Fuimos en el coche a Cherryvale y comimos barbacoa.

flO.—*(Realizando un visible esfuerzo.)* Madge, ¿te hace Alan el amor alguna vez?

MADGE.—Siempre que vamos a Cherryvale estaciona el coche a la orilla del río y nos ponemos muy románticos.

FLO.—¿Dejas que te bese? Después de todo, habéis estado saliendo juntos todo el verano.

MADGE.—Naturalmente que le dejo.

FLO.—¿Intenta alguna vez ir más allá de los besos?

MADGE.—*(Turbada.)* ¡Mamá!

FLO.—¡Soy tu madre! Y hemos de hablar de esas cosas. ¿Lo intenta?

MADGE.—Pues... sí.

FLO.—¿Se enfurece si no... se lo permites?

MADGE.—No.

FLO.—*(Aparte, perpleja.)* No se enfurece...

MADGE.—Alan no es como la mayoría de los muchachos. Nunca hace nada de lo que pudiera arrepentirse después.

FLO.—¿Te agrada que te bese?

MADGE.—Sí.

FLO.—No pareces muy entusiasmada.

MADGE.—¿Qué esperas de mí? ¿Que me muera cada vez que Alan me abraza?

FLO.—No, no tienes que morirte. *(Entrega a* MADGE *el vestido que ha estado cosiendo.)* Toma. Sostén el vestido delante de ti. *(Continuando el tema anterior.)* Sería magnífico que te casases con Alan. Vivirías rodeada de comodidades el resto de tus días, con cuentas corrientes en todos los comercios, automóviles y viajes. Serías invitada por todas sus amistades a las reuniones en sus casas y al club del campo.

MADGE.—*(Haciendo una confesión.)* Mamá, no me encuentro a gusto entre esa gente.

FLO.—¿Por qué no? Eres tan buena como ellos.

MADGE.—Lo sé, mamá; pero todos los amigos de Alan hablan de universidades y de viajes a Europa. Me siento desplazada.

FLO.—Con el tiempo, te sobrepondrás a esos sentimientos. Alan volverá a sus estudios dentro de unas semanas. Será mejor que te des prisa.

MADGE.—¿Que me dé prisa?

FLO.—Una muchacha bonita no tiene mucho tiempo a su disposición... Solo unos cuantos años. Entonces es igual a los reyes, y puede salir de una choza como esta para entrar en un palacio, en donde un esposo amante dedicará toda su vida a hacerla feliz.

MADGE.—*(Aparte.)* Comprendo.

FLO.—Y solo porque una vez, "una vez", fue joven y bonita. Si entonces no hubiese aprovechado la oportunidad, de nada le habría valido su belleza. *(Entrega el vestido a* MADGE.) MADGE.—*(Sosteniendo el vestido delante de ella, mientras su madre observa el largo.)* No tengo más que dieciocho años.

FLO.—Y el próximo verano tendrás diecinueve, y luego veinte, y después veintidós, y entonces los años empezarán a pasar tan de prisa, que perderás su cuenta. Cuando quieras percatarte de ello, tendrás cuarenta, y seguirás vendiendo dulces en la tienda.

MADGE.—No es necesario que entres en el terreno de lo morboso.

MILLIE.—*(Entra con un cuaderno de dibujo y ve a* MADGE *sosteniendo el vestido delante de sí.)* Todo el mundo se pone vestidos y va a sitios, menos yo.

MADGE.—Alan ha dicho que tratará de buscarte un acompañante para el "picnic" de esta noche.

MILLIE.—No quiero que Alan le pida a ninguno de esos locos que me acompañe a ninguna parte.

MADGE.—A caballo regalado no se le mira el diente.

MILLIE.—¡Cállate!

FLO.—Madge, eso ha sido injusto. Esta noche habrá baile en el pabellón. Millie también debe tener su pareja.

MADGE.—Si desea una pareja, ¿por qué no se viste como es debido y se conduce decentemente?

MILLIE.—Porque me visto y obro como me da la gana. Y si no te gusta, ya sabes lo que tienes que hacer.

MADGE.—Siempre quejándose de que no tiene amigos, ¡y huele tan mal, que nadie quiere acercarse a ella!

flO.—Niñas, no os peleéis.

MILLIE.—*(Ignorando a* flO.) ¡Claro! Madge es la niña bonita... Pero es tan estúpida, que casi tuvieron que prender fuego a la escuela para sacarla de allí... *(Imita los gestos de* MADGE.) MADGE.—¡Eso no es verdad!

MILLIE.—Conque no, ¿eh? Nunca te habrías graduado si no hubiera sido por Jumpin' Jeeter.

flO.—*(Tratando, al menos, de que la disputa no se desorbite)* ¿Quién es Jumpin' Jeeter?

MILLIE.—El profesor de Historia. Los chicos le llaman Jumpin' Jeeter porque se pone nervioso con las chicas guapas de su clase. Estuvo suspendiendo a Madge hasta que esta fue a su cuarto y exclamó, llorando... *(Recurre nuevamente a la mímica.)* "¡No sé lo que haré si no apruebo en Historia!"

MADGE.—Mamá, está inventando todo eso.

MILLIE.—¡Ya! Ni siquiera pudiste aprobar el curso de Taquigrafía de la señorita Sydney, y has tenido que ponerte a trabajar en esa tienda...

MADGE.—*(Cada una de las muchachas sabe cuál es el punto flaco de la otra.)* ¡Eres un coco!

flO.—*(Consternada.)* ¡Vamos, niñas!

MILLIE.—*(Furiosa.)* ¡Y tú una pelandusca! ¡Retira lo que has dicho, o te mato! *(Se abalanza sobre* MADGE, *que grita y huye hacia el porche.)* flO.—¡Niñas! ¡Qué dirán los vecinos! (MILLIE *ha agarrado a* MADGE *del pelo y da fuertes tirones.* flO *se interpone entre ambas.)* MILLIE.—¡Nadie puede insultarme impunemente!

flO.—¡Tú le has dicho cosas peores!

MILLIE.—Pero lo que yo le diga no hace daño. Ella es bonita, y los insultos la tienen sin cuidado... Es hermosa, y lo demás no

importa... *(Entra como un torbellino en la casa.)* FLO.—¡Pobre Millie!

MADGE.—*(Irritada por la injusticia.)* ¡No hago más que oír: "¡Pobre Millie!", y la pobre Millie ha obtenido una beca para cuatro cursos en el colegio universitario!

FLO.—Una muchacha como Millie necesita tener confianza en otras cosas. *(Estas palabras tienen la virtud de sosegar a* MADGE. *Hay un silencio.)* MADGE.—*(Subyugada.)* Mamá, ¿quieres a Millie más que a mí?

FLO.—¡Pues claro que no!

MADGE.—Algunas veces parece que sí.

FLO.—*(Con calor, tratando de hacerse comprender.)* Tú fuiste la primera en nacer. Tu padre te consideró principio y fin de todas las cosas. Te solía pasear sobre sus hombros para que te viese toda la vecindad. Pero las cosas eran distintas cuando Millie vino al mundo.

MADGE.—¿En qué sentido eran distintas?

FLO.—*(Llena de recelo.)* Pues... sencillamente que eran distintas. Tu padre no paraba mucho en casa. La noche en que nació Millie estaba con unos amigotes en la taberna del camino.

MADGE.—Yo quería mucho a papá.

FLO.—*(Con cierta amargura.)* ¡Oh, todo el mundo quería a tu padre!...

MADGE.—¿Y tú?

FLO.—*(Tras una larga pausa, después de meditar.)* A algunas mujeres las humilla amar a un hombre.

MADGE.—¿Por qué?

FLO.—*(Pensando mientras habla.)* Porque..., en primer lugar, la mujer es débil, supongo, y en ocasiones... su amor por el hombre la hace sentirse... casi indefensa. Y acaso luche contra él... porque ese amor la haga sentirse demasiado dependiente... *(Se produce otra pausa.* MADGE *reflexiona.)* MADGE.—Mamá, ¿para qué sirve ser bonita?

FLO.—¡Qué pregunta!

MADGE.—Lo pregunto en serio.

FLO.—Pues... las cosas bonitas son raras en la vida.

MADGE.—¿Y para qué sirven?

FLO.—Bueno...; las cosas bonitas..., como las flores y las puestas de sol y los rubíes..., y también las chicas guapas..., son como carteleras que nos dicen que la vida es buena.

MADGE.—Pero yo, ¿dónde encajo?

FLO.—¿Qué quieres decir?

MADGE.—Quizá me haya cansado de que me miren.

FLO.—¡Madge!

MADGE.—¡Bueno; quizá me haya cansado!

FLO.—No hables de manera tan egoísta...

MADGE.—No me importa si soy egoísta. No sirve de nada ser solamente bonita. ¡No sirve para nada!

HAL.—*(Llega corriendo del pasadizo.)* Señora, ¿no le molestaría que encienda una hoguera?

FLO.—*(Da un salto al ver a* HAL.) ¿Cómo?

HAL.—La señora simpática ha dicho que hace mucho calor hoy y que tal vez a usted no le gustase.

FLO.—*(Con prosaica resignación.)* Creo que podremos resistirlo.

HAL.—Gracias, señora. (HAL *se aleja, corriendo.)* FLO.—*(Siguiéndole con la mirada.)* Entra y sale como si estuviese en su casa.

MADGE.—Sabía que no te agradaría desde el momento en que le vi.

FLO.—¿Te agrada a ti?

MADGE.—Ni me agrada ni me desagrada. Simplemente me pregunto cómo será. (ROSEMARY SYDNEY *hace una entrada repentina y bastante desenvuelta por la puerta principal. Es una realquilada, que probablemente tiene tantos años como* FLO, *aunque jamás admitirá semejante cosa. Sus cabellos, ondulados al agua, están adheridos a la cabeza. Luce un floreado quimono.)* ROSEMARY.—¿Alguien tiene

inconveniente en que una maestra solterona venga a aumentar la compañía?

FLO.—Siéntese, Rosemary.

ROSEMARY.—¿No ha llegado todavía el correo?

FLO.—Hoy no hay correo. Es la Fiesta del Trabajo.

ROSEMARY.—Lo había olvidado. Tal vez reciba carta de aquel caballero que conocí con ocasión de la excursión que organizó el instituto la pasada primavera. *(Ríe con obscena picardía.)* Desde entonces no ha cesado de proponerme que nos casemos. Es un buen muchacho, y muy divertido; pero en cuanto se ponen serios no quiero saber nada de los hombres.

FLO.—Ustedes las maestras gozan de gran independencia. (MILLIE *sale de la cocina, leyendo un libro.)* ROSEMARY.—He vivido hasta ahora sin un hombre. Y no veo por qué no he de seguir así en adelante.

FLO.—¿Y Howard?

ROSEMARY.—Howard es un amigo, no un novio. (MADGE y MILLIE *sueltan una risita al oír esto.* ROSEMARY *olfatea el aire.)* Huelo a humo.

FLO.—Helen Potts está haciendo quemar sus hojas. Huele bien, ¿verdad?

ROSEMARY.—*(Viendo a* HAL *fuera de la escena.)* ¿Quién es ese joven?

FLO.—Otro holgazán que ha contratado Helen Potts.

ROSEMARY.—*(Muy preocupada.)* Señora Owens, está trabajando sin camisa. No me parece correcto en presencia de damas.

FLO.—*(Al ver que* MILLIE *corre a mirar.)* ¡Retírate de ahí, Millie!

MILLIE.—*(Volviendo a los escalones de la puerta.)* ¡Bueno! Yo voy a nadar todos los días, y los chicos no tienen ni la mitad de la ropa que tiene puesta él.

FLO.—¡Nadar es diferente!

MILLIE.—Madge, ¿puedo utilizar tu estuche de manicura? Es

solo para entretenerme.

MADGE.—Si me prometes no revolverlo todo... (MILLIE *coge el estuche y empieza a hacer experimentos.)* FLO.—*(Mirando hacia donde se supone está trabajando* HAL.) ¡Miren cómo se pavonea!

ROSEMARY.—*(Volviéndose dignamente de espaldas.)* ¿Quién creerá ese hombre que va a interesarse por él? *(Se da masaje en el rostro.)* FLO.—*(A* ROSEMARY.) ¿Qué se está dando usted?

ROSEMARY.—Crema Ponsella Three-Way para los tejidos. Constituye una base excelente para el maquillaje.

FLO.—He leído un artículo en "The Reader's Digest" sobre una mujer que se envenenó la piel por usar esas cremas faciales.

ROSEMARY.—Harriett Bristol, la profesora de Historia de América, compró el pasado invierno una de esas cremas de belleza y casi se despellejó por completo. ¡Todas creíamos que tenía lepra! *(Subrepticiamente, dirige otra mirada hacia el lugar en donde se encuentra* HAL.) MILLIE.—*(Arreglándose afanosamente las manos.)* Madge, ¿cómo te haces la mano derecha?

MADGE.—Si fueses menos arisca con la gente, quizá la gente te haría un favor de cuando en cuando.

ROSEMARY.—¿Tienes novio, Millie?

MILLIE.—¡No!

ROSEMARY.—No puedes engañarme. Las chicas no se pintan las uñas si no es porque algún chico va a fijarse en ello.

FLO.—Madge, ¿quieres probarte el vestido, querida? (MADGE *entra en la casa con el vestido al brazo.)* SEÑORA POTTS.—*(Aparece en el porche trasero de su casa, con un cesto de ropa húmeda.)* ¡Flo!

FLO.—*(Responde emitiendo un grito parecido al del buho.)* ¡Uuuuuh!

SEÑORA POTTS.—¿Va usted a utilizar esta mañana la cuerda de tender la ropa?

FLO.—No creo.

LA MADRE DE LA SEÑORA POTTS.—*(De la ventana superior de la casa, a la izquierda, llega una trémula voz de vieja, que todavía conserva*

el tono de quien está habituado a mandar.) ¡Helen! ¡Helen!

SEÑORA POTTS.—*(Respondiendo a la llamada.)* Estoy tendiendo la ropa, mamá. Voy en seguida. *(Hace mutis, apresuradamente, por el pasadizo.)* flO.—*(Confidencialmente, a* ROSEMARY.) ¡Pobre Helen! Me ha dicho que algunas noches tiene que levantarse "tres" veces para llevar a su madre al cuarto de baño.

ROSEMARY.—¿Por qué no la mete en un asilo de ancianas?

flO.—No la admitirían en ninguno. Tiene muy mal genio.

ROSEMARY.—Debe de tenerlo..., si esa historia es cierta.

flO.—Lo es. Helen y el joven Potts se fugaron para casarse. La madre de Helen la cogió aquel mismo día e hizo anular el matrimonio.

ROSEMARY.—*(Moviendo la cabeza.)* Entonces es la señora Potts solamente de nombre.

flO.—A veces creo que conserva el nombre del muchacho únicamente para desafiar a la vieja. *(Se oye acercarse el coche de* ALAN. *Se detiene, y luego se percibe el ruido de la portezuela del vehículo al cerrarse de golpe.)* MILLIE.—*(Dejando el libro que tiene en la mano.)* ¡Hola, Alan! *(Se pone en pie de un salto y corre hacia la casa.)* ¡Voy a ponerme el vestido!

flO.—*(A* MILLIE, *voceando.)* Mira a ver si Madge está presentable. *(Entra* ALAN, *por la izquierda.)* ¡Buenos días, Alan!

ALAN.—Buenos días, señora Owens..., señorita Sydney. (ROSEMARY *no se molesta en hablar, afectando usualmente indiferencia con respecto a los hombres.)* SEÑORA POTTS.—*(Volviendo desde el pasadizo.)* ¿Han visto qué joven tan apuesto tengo trabajando en mi casa?

ROSEMARY.—Opino que es una vergüenza eso de que se exhiba desnudo como un indio.

SEÑORA POTTS.—*(Escuchando a* HAL.) Le dije que se podía despojar de la camisa.

flO.—Helen Potts, me gustaría que dejase de meter en su casa a toda esa morralla.

SEÑORA POTTS.—Hal no es morralla. Ha estado en varios

colegios universitarios.

FLO.—¡Colegios universitarios... y mendiga un desayuno!

SEÑORA POTTS.—¡Está trabajando para ganarse ese desayuno! Alan, me ha dicho que estuvo con usted en la universidad.

ALAN.—*(Que no tiene la menor idea de quién están hablando.)* ¿Quién?

MILLIE.—*(Aparece en la puerta principal.)* ¿Vamos a nadar, Alan?

ALAN.—Desde luego.

FLO.—Alan, ¿por qué no sube a ver a Madge? Llame desde el pie de la escalera.

ALAN.—*(Llama, entrando en la casa.)* ¡Eh, Dalila!

FLO.—*(Viendo que* MILLIE *se dispone a seguir a* ALAN *al interior de la casa.)* ¡Millie! (MILLIE *comprende que de lo que se trata es de dejar solos a* MADGE *y* ALAN, *y se enfurruña.)* ROSEMARY.—*(A* FLO, *confidencialmente.)* ¿Cree usted que Alan va a casarse con Madge?

FLO.—*(Que usualmente es muy sincera.)* No he pensado mucho en eso.

SEÑORA POTTS.—*(Al cabo de un momento, enjugándose el cuello con un pañuelo.)* ¡Qué calor hace en esta época del año! Cuando el tiempo está así, añoro con toda mi alma un buen viento fuerte.

FLO.—Pues yo prefiero sudar a salir volando.

SEÑORA POTTS.—*(Mirando en dirección a donde se supone está trabajando* HAL, *llena de sonriente admiración.)* ¡Miren cómo levanta aquella vieja tina! ¡Como si fuese de papel!

LA MADRE DE LA SEÑORA POTTS.—*(Llamando de nuevo desde fuera de la escena.)* ¡Helen! ¡Helen!

SEÑORA POTTS.—*(Pacientemente, pero con firmeza.)* Estoy visitando a Flo, mamá. Estás perfectamente, y no me necesitas para nada.

FLO.—¿Qué le ha dado de comer?

SEÑORA POTTS.—Bizcochos.

flO.—¿Y se ha molestado por él hasta este punto?

SEÑORA POTTS.—¡Tenía tanta hambre! Le he dado huevos con jamón y todo el café que ha sido capaz de beber. Luego, vio un trozo de pastel de cerezas en la nevera y también lo quiso...

ROSEMARY.—*(Ríe con risa obscena.)* Me da la impresión de que la señora Potts tiene un nuevo novio...

SEÑORA POTTS.—*(Poniéndose en pie, ofendida.)* No le veo la gracia.

flO.—Vamos, Helen; siéntese.

ROSEMARY.—Disculpe, señora Potts; ha sido una broma.

flO.—Siéntese, Helen.

SEÑORA POTTS.—*(Todavía enojada.)* Podría sentarme en mi porche, pero no me gusta que los vecinos me vean sola. (MADGE *y* ALAN *llegan juntos.* MADGE *se ha puesto el vestido nuevo. Los dos avanzan con las manos unidas, en burlesca ceremonia, como si caminasen por la nave de la iglesia.)* ROSEMARY.—*(Con aire contrito.)* Señora Potts, si he dicho algo que la haya ofendido...

flO.—*(Hace señas a* ROSEMARY *para que se calle e indica a* MADGE *y* ALAN.) ¡Los novios! ¡Miren ustedes! ¡Los novios! *(A* MADGE.) ¿Cómo te sienta, Madge? *(Ríe de su inconsciente broma.)* Me refiero al vestido, claro.

MADGE.—*(Acercándose a su madre.)* Me gusta mucho, mamá; pero me tira en algunas partes.

SEÑORA POTTS.—*(Llena de admiración.)* ¡Qué bonita es Magde!

ALAN.—*(Volviéndose a* MILLIE.) ¿Qué estás leyendo, Millie?

MILLIE.—"The Ballad of the Sad Cafe", de Carson McCullers. ¡Es maravillosa!

ROSEMARY.—*(Escandalizada.)* ¡Dios mío, señora Owens! ¿Corno permite usted que su hija lea libros tan sucios como ese?

flO.—¿Es un libro sucio?

ROSEMARY.—Cada uno de sus personajes es una especie de degenerado.

MILLIE.—¡Eso no es así!

ROSEMARY.—El D. A. R. lo ha excluido de la biblioteca pública.

SEÑORA POTTS.—*(Zafándose de la discusión.)* Yo no leo mucho.

flO.—¡Millie, dame ese libro!

MILLIE.—*(Obstinadamente.)* ¡No!

ALAN.—Señora Owens, no desearía inmiscuirme en estas cosas; pero ese libro está en la lista de lecturas de la universidad. Para el curso de literatura moderna.

flO.—*(Llena de confusión.)* ¡Oh Dios mío! ¿Qué ha de creer una? *(Pero el criterio de* ALAN *en tales cuestiones parece ser concluyente y decisivo.)* ROSEMARY.—¡Pues esos profesores de la universidad carecen de moralidad! (MILLIE *y* ALAN *intercambian un apretón de manos.)* flO. —Siempre será un misterio para mí de dónde saca Millie sus aficiones.

MADGE.—*(Mientras* flO *inspecciona su vestido.)* Algunos de los cuadros que tiene en su habitación me asustan.

MILLIE.—Esos cuadros son de Picasso, y Picasso es un gran artista.

MADGE.—Una mujer con siete ojos. Muy bonito.

MILLIE.—*(Presentando su ultimátum.)* ¡Los cuadros no tienen que ser "bonitos"! *(Se oye una repentina explosión en el patio de la* SEÑORA POTTS. *Las mujeres se sobresaltan.)* flO.—¡Helen!

SEÑORA POTTS.—*(Dando un salto, alarmada.)* Voy a ver qué ha sucedido.

flO.—¡Quédese aquí! ¡Debe de tener un revólver!

VOZ FUERA DE LA ESCENA.—¡Helen! ¡Helen!

flO.—*(Cogiendo del brazo a la* SEÑORA POTTS.) ¡No vaya, Helen! Su madre es ya muy vieja. De todos modos, no tardaría mucho en morir.

SEÑORA POTTS.—*(Hace mutis, corriendo.)* ¡Bah! Yo no tengo miedo.

ALAN.—*(Mirando en dirección a donde se encuentra* HAL.) ¿Quién dijo que era ese individuo? *(Nadie oye la pregunta de* ALAN.) SEÑORA POTTS.—*(Regresa y se dirige a* flO.) Soy una calamidad.

flO.—¿Qué ha ocurrido, Helen?

SEÑORA POTTS.—Pues que eché a la basura el frasco nuevo de quitamanchas.

flO.—¡Es usted el colmo! Ven, Madge; vamos a terminar ese vestido. (flO *y* MADGE *entran en la casa.* ROSEMARY *consulta su reloj y también entra en la casa.)* SEÑORA POTTS.—Ven a ayudarme, Millie. Ese joven se ha enredado en la cuerda de tender la ropa. *(La* SEÑORA POTTS *y* MILLIE *hacen mutis apresuradamente.* ALAN *se queda solo, tratando de identificar a* HAL, *que llega de casa de la* SEÑORA POTTS. HAL *viene con el torso desnudo, anudada la camisa alrededor del cuello. Finalmente,* ALAN *le reconoce y da muestras de gran alegría.)* ALAN.—¿De dónde sales tú?

HAL.—*(Vigoroso y cordialmente.)* ¡Chico!

ALAN.—¡Hal Carter!

HAL.—Pensaba ir a verte un poco más tarde.

ALAN.—*(Acordándose de algún estruendoso e íntimo saludo de sus días de estudiantes.)* ¿Cómo está la vieja canoa automóvil?

HAL.—*(Con el vehemente entusiasmo de quien inicia un juego agradable.)* ¿Quieres dar una vuelta?

ALAN.—*(Salta sobre la espalda de* HAL, *enlaza la cintura de este con las piernas y se cuelga de su cuello con una mano, como si tripulase alguna máquina imaginaria.)* ¿En marcha? *(Le retuerce la nariz a* HAL, *como si fuese un dispositivo de puesta en marcha.* HAL *imita las intermitentes explosiones de un motor y corre por el escenario con* ALAN *a cuestas, el cual se bambolea como si estuviese domando un potro salvaje. Los dos ríen a carcajadas.)* \ Eh, hermano! ¿Quién parpadea, guiña y trapisonda? (ALAN *se deja caer al suelo, y ambos amigos siguen riendo estrepitosamente, recordando sus alegres tiempos estudiantiles.)* HAL.—¡Eso solía despertar a todo el club!

ALAN.—La última vez que te vi, te proponías ir a Hollywood

para convertirte en un héroe cinematográfico.

HAL.—*(Encogiéndose de hombros.)* ¡Ah, eso...!

ALAN.—¿Qué quiere decir "¡Ah, eso!"? ¿No te presté los cien dólares con ese objeto?

HAL.—Desde luego, Seymour.

ALAN.—Bueno, ¿qué ocurrió?

HAL.—*(Se ve que hubiera preferido que no se suscitase semejante cuestión.)* Pues que las cosas no salieron bien.

ALAN.—Ya te lo advertí, Hal. Todos los años algún descubridor de talentos ofrecía a los atletas una prueba ante la pantalla.

HAL.—¡Oh, la prueba salió estupendamente! Tenía por delante una espléndida carrera. Iban a llamarme Brush Carter. ¿Qué te parece?

ALAN.—¿Sí?

HAL.—¡Sí! Me hicieron un montón de fotografías con la camisa quitada. Tipo rudo. Luego me vistieron de legionario. Después me pusieron unos pantalones muy estrechos, me dieron un sombrero enorme con una pluma y me hicieron manejar la espada. *(Imita los movimientos de un duelo.)* "¡Tocado, miserable!" *(Envainando la imaginaria espada.)* ¡Fue realmente magnífico!

ALAN.—*(Con cierto escepticismo.)* ¿Te hicieron recitar algunas líneas?

HAL.—Sí, y eso también resultó bien. Fueron mis dientes.

ALAN.—¿Tus dientes?

HAL.—Sí. Allí tienes que tener cierta clase de dientes, o no sirves. No me preguntes la razón. Aquella muñeca dijo que tendrían que sacarme todos los dientes y ponerme otros nuevos, y, claro, yo...

ALAN.—Espera un momento. ¿Qué muñeca?

HAL.—La que me hizo la prueba. No era una muñeca exactamente. Estaba bastante baqueteada..., pero podía pasar. *(Observando la mirada crítica de* ALAN.) Vamos, Seymour; uno tiene que arreglarse como pueda.

ALAN.—¡Hum! ¿Qué has venido a hacer aquí?

HAL.—*(Un poco herido.)* ¿Es que no te alegras de verme?

ALAN.—Desde luego que sí, pero infórmame.

HAL.—Bueno...; después de marcharme de Hollywood, trabajé en un rancho de Nevada. Te hubieras sentido orgulloso de mí, Seymour. Todas las noches estaba en la cama a las diez, y a la seis de la mañana ya estaba levantado. Nada de licores..., nada de muñecas... ¡Ahorré doscientos dólares!

ALAN.—*(Tendiendo la mano.)* ¡Oh! Con la mitad me basta.

HAL.—Mira, Seymour: ojala los tuviese; pero me limpiaron.

ALAN.—¿Que te limpiaron? ¿A "ti"?

HAL.—*(Mirando a todas partes para cerciorarse de que nadie le oirá.)* Sí. Mira: me dirigía a Tejas, pidiendo a los automovilistas que me llevasen de cuando en cuando, con objeto de trabajar en una gran empresa petrolífera. Iba ya por Phoeniz cuando dos muñecas llegan en un enorme convertible amarillo. Una de ellas da un frenazo y me dice: "¡Sube, amiguito!" Y subí. Seymour, era imponente. Llevaban un verdadero cargamento de "martinis" en aquel coche...

SEÑORA POTTS.—*(Aparece en el porche de su casa, seguida de* MILLIE. *La* SEÑORA POTTS *trae un pastel.)* ¡Ah! Charlando de sus viejos tiempos, ¿eh? Millie me ha ayudado a enfriar el pastel.

HAL.—¿Hay que hacer algo más, señora?

SEÑORA POTTS.—No. Creo que me he cobrado con creces el desayuno.

HAL.—¿Dónde podría lavarme?

MILLIE.—Abajo hay una ducha. Venga, le indicaré dónde está.

ALAN.—*(Reteniendo a* HAL.) Irá dentro de un minuto. *(La* SEÑORA POTTS *y* MILLIE *hacen mutis en casa de la* SEÑORA OWENS.) Bueno; quedamos en que llevaban un cargamento de "martinis".

HAL.—Y una de aquellas muñecas estaba fumando un cigarro...

ALAN.—*(Con contagiada excitación.)* ¡A mí nunca me ocurre nada parecido! ¡Sigue!

HAL.—Seymour, no creerías las cosas que empezaron a hacerme aquellas dos muñecas.

ALAN.—¿Eran bonitas?

HAL.—¿Y qué más te da?

ALAN.—Realza el interés de la historia. ¿Qué pasó?

HAL.—Bueno; ya me conoces, Seymour. Soy un chico simpático y agradable.

ALAN.—Desde luego.

HAL.—Por eso, cuando estacionaron el coche delante de aquel parador, dije: "Muy bien, niñas; si hay que pagar por el viaje, esta es la forma más fácil que conozco." *(Se encoge de hombros.)* Pero, chico, debieron de creer que era un superhombre.

ALAN.—¿Quieres decir que... las dos?

HAL.—Pues claro.

ALAN.—¡Caramba!

HAL.—Entonces dije: "Bueno, chicas; este juego se ha acabado...; vámonos." Y entonces la que fumaba me metió en la espalda el cañón de una pistola y me dijo: "¡Este juego va a continuar hasta que "nosotras" digamos que se ha terminado!" Se parecía a Humphrey Bogart...

ALAN.—¿Y qué ocurrió luego?

HAL.—Pues que terminé perdiendo la noción de las cosas. Cuando me desperté, las damas habían volado y mis doscientos dólares también... Se lo conté a la Policía, y no quisieron creerme...; dijeron que mi historia era pura imaginación. ¿Qué te parece?

ALAN.—*(Meditando.)* ¡Hum!

HAL.—Las mujeres están desesperadas, Seymour.

ALAN.—¿Sí?

HAL.—Bueno; eso es lo que pasó. ¿Qué quieres que haga un pobre bastardo como yo, Seymour?

ALAN.—No parece que lo hayas pasado tan mal...

HAL.—He pensado mucho en ti, Seymour, cuando estábamos estudiando... Todo lo tenías bajo un perfecto control.

ALAN.—¿Yo?

HAL.—Sí. Nunca faltabas a clase..., comprendías las explicaciones..., ¡tomabas notas! (ALAN *ríe.)* ¿De qué te ríes?

ALAN.—¡El héroe deportivo me envidiaba!

HAL.—¡Sí! Un gran héroe, pero solo entre los postes de la meta. Tú fuiste el único que me trataste como a un ser humano.

ALAN.—*(Condoliéndose con* HAL.) Lo sé.

HAL.—Todos aquellos bastardos no hacían más que observarme para ver qué tenedor usaba.

ALAN.—Sufres complejo de inferioridad. Esas cosas te las imaginabas tú.

HAL.—¡Que te crees tú eso!

ALAN.—*(Con delicadeza.)* ¿Qué sabes de tu padre?

HAL.—*(Gravemente.)* Terminó por ocurrir... antes de mi marcha a Hollywood.

ALAN.—¿Qué ocurrió?

HAL.—*(Con solemne congoja.)* Pues que corrió su última jarana. La Policía le recogió en la acera. Murió en la cárcel.

HAL.—*(Conmovido.)* Lo siento, Hal.

HAL.—La vieja ni siquiera se presentó con la pasta para el funeral. Tuvieron que enterrarle en Pouper's Row.

ALAN.—¿Qué pasó con la gasolinera?

HAL.—Me la dejó en su testamento; pero la vieja hizo que le declarasen demente para quedarse con ella. No hice nada por impedirlo. ¿Qué más da?

ALAN.—*(Bastante deprimido por el relato de* HAL.) Cuesta trabajo

creer que la gente pueda hacer cosas así, Hal.

HAL.—Bueno; no permitas que mis historias ennegrezcan tus gafas color de rosa.

ALAN.—¿Por qué no has ido a verme en cuanto has llegado?

HAL.—No quería entrar en tu principesca mansión con el aire de un mendigo. Quería ir con el estómago lleno y algo de calderilla en el bolsillo.

ALAN.—Hubiera sido lo mismo.

HAL.—He venido con la esperanza de que, entre tu padre y tú, me busquéis alguna colocación.

ALAN.—¿Qué clase de colocación, Hal?

HAL.—¿Qué clase de colocación tenéis?

ALAN.—¿En qué colocación has pensado, Hal?

HAL.—*(Este es su sueño dorado.)* ¡Oh, algo en un buen despacho, en donde pueda llevar corbata y tener una linda secretaria y hablar por teléfono sobre empresas y cosas! *(Al ver que* ALAN *se aparta con aire escéptico.)* Siempre he tenido la impresión de que podría incendiar al mundo entero si me diesen una oportunidad.

ALAN.—Esa impresión la tiene mucha gente, Hal.

HAL.—*(Con cierta desesperación.)* Tengo que encontrar un lugar en este mundo, Seymour. Tengo que encontrarlo.

ALAN.—*(Poniendo la mano en el hombro de su amigo.)* Tómalo con paciencia, Hal.

HAL.—Este es un país libre, y yo tengo tantos derechos como cualquiera. ¿Por qué no puedo abrirme camino?

ALAN.—No te preocupes, Hal. Te ayudaré todo lo que pueda. *(La* SEÑORA POTTS *sale por la puerta posterior de la casa de la* SEÑORA OWENS.) Sinclair está contratando más obreros, ¿no es así, señora Potts?

SEÑORA POTTS.—Así es, Alan. Carey Hamilton necesita un centenar de hombres para el oleoducto.

HAL.—*(Que se había atrevido a esperar algo más.)* ¿Un oleoducto?

ALAN.—Si quieres ser presidente de una compañía, Hal, creo que tendrás que trabajar mucho y esperar con paciencia.

HAL.—*(Cerrando los puños: tal es su predisposición con respecto a la paciencia.)* Ya... Eso es algo que he de aprender. ¡Paciencia! (HAL *desaparece apresuradamente por la puerta posterior de la casa de la* SEÑORA OWENS.) SEÑORA POTTS.—Me dan pena los jóvenes de hoy.

ROSEMARY.—*(Haciendo su aparición por la puerta principal, muy orgullosa de las nuevas galas que se ha puesto: un vestido de otoño y un sombrero historiadísimo.)* ¿Irrumpo en alguna reunión de carácter privado?

SEÑORA POTTS.—*(Un tanto sobrecogida por el elegante despliegue de* ROSEMARY.) ¡Dios mío, qué vestido!

ROSEMARY.—Es mi vestido nuevo de otoño. Lo compré en Kansas City. Me costó veintidós dólares y medio.

SEÑORA POTTS.—Ustedes las maestras tienen cosas muy buenas.

ROSEMARY.—Y no tenemos que consultar con nadie tampoco cuando decidimos comprarlas.

flO.—*(Entrando en escena por la puerta posterior de la casa, en compañía de* MADGE.) ¿Vendrá hoy a comer, Rosemary?

ROSEMARY.—No. Celebramos en el hotel una reunión de bienvenida. Comida y partida de "bridge" en honor de las chicas nuevas de la Facultad.

MADGE.—Mamá, ¿puedo ir yo a nadar también?

flO.—¿Y quién prepara la comida? Yo tengo que hacer un millón de cosas.

MADGE.—Millie no se morirá porque haga una vez la comida.

flO.—No; pero podríamos morirnos los demás. *(Se oyen las voces de* IRMA KRONKITE *y* CHRISTINE SCHOENWALDER, *que vienen en busca de* ROSEMARY. *Consideran muy juvenil llamar a esta desde lejos.)* IRMA.—¡Rosemary! ¡Vamos, chica! *(Al aparecer en escena,* IRMA *se*

vuelve hacia CHRISTINE.) Te gustará Rosemary Sydney. Es muy simpática. Dice cosas tremendas.

ROSEMARY.—*(Con recelo juguetón.)* ¿Qué estás diciendo de mí, Irma Kronkite? *(Corren a abrazarse como cariñosas hermanas que no se hubiesen visto desde hacía una década.)* IRMA.—¡Rosemary Sydney!

ROSEMARY.—¡Irma Kronkite! ¿Qué tal tus vacaciones?

IRMA.—He trabajado como una esclava. Pero también me he divertido. Me tiene sin cuidado si no consigo nunca ese título. No pienso ser una esclava toda la vida.

CHRISTINE.—*(Tímidamente.)* Me ha contado todas las ordalías que ha sufrido en Nueva York..., aunque no en la Escuela Normal.

IRMA.—*(A* ROSEMARY.) Chica, esta es Christine Schoenwalder, que va a ocupar el puesto de Mabel Fremont en Higiene femenina. (ROSEMARY y CHRISTINE *se estrechan la mano.)* Ha sido un verano muy caluroso, ¿verdad, señora Owens?

flO.—El peor que recuerdo.

SEÑORA POTTS.—*(Al acompañar* ROSEMARY *a* CHRISTINE *hasta el porche.)* Encantada de conocerla, Christine. Bien venida, Irma.

IRMA.—¿Trabajas ya, Madge?

MADGE.—Sí.

flO.—*(Acudiendo en ayuda de* MADGE.) Sí; Madge ha ido a trabajar este verano al centro de la ciudad..., por hacer algo. (HAL *y* MILLIE *entran en escena, bulliciosamente, por la puerta de la cocina, enzarzados en una furiosa, ruidosa y simulada pelea a puñetazos.* HAL *viene con el torso desnudo y la camisa anudada alrededor del cuello. Las señoras se sobresaltan al verle de esta guisa.)* Pero ¿cuándo ha entrado...?

ALAN.—*(Apoderándose de* HAL *para presentarle.)* Señora Owens, le presento a mi amigo Hal Cárter. Es un antiguo miembro de nuestro club estudiantil.

SEÑORA POTTS.—*(Dando con el codo a* flO.) ¿Qué le dije, Flo?

flO.—*(Asombrada.)* ¡Miembro del club estudiantil! ¿De veras? *(Haciendo de tripas corazón.)* Todo amigo de Alan es amigo nuestro.

(Le ofrece la mano.) HAL.—Encantado de conocerla, señora.

ALAN.—*(Turbado por la traza de su amigo.)* Hal, ¿no tienes camisa?

HAL.—Está empapada de sudor, Seymour. (ALAN *le da un codazo.* HAL *comprende que ha dicho una inconveniencia y, a regañadientes, se pone la camisa.)* ROSEMARY.—*(Apoderándose de* IRMA *y* CHRISTINE.) Chichas, tenemos que apresurarnos.

CHRISTINE.—*(A* IRMA.) Cuéntales lo que pasó en Nueva York.

IRMA.—*(Que se ha convertido en el foco de la atención.)* ¡Pues que fui al Stork Club!

ROSEMARY.—¿Y cómo fuiste "tú" al Stork Club?

IRMA.—Mira: había un individuo en mi clase de Estadística pedagógica...

ROSEMARY.—*(Siguiendo la broma.)* Ya sabía yo que había un hombre por medio.

IRMA.—¡Eh, echa el freno! No fue nada serio. Era un buen muchacho; eso es todo. Acordamos que el que obtuviese la nota más baja en el examen final tendría que llevar al otro al Stork Club... ¡y perdí yo! *(Las maestras hacen mutis, riendo a carcajadas, mientras* flO *y la* SEÑORA POTTS *las siguen con la mirada.)* ALAN.—*(Llamando a* HAL, *que juega con* MILLIE *en el fondo de la escena.)* ¿Quieres venir a nadar, Hal? Hay sitio en el coche.

HAL.—¿Por qué no?

SEÑORA POTTS.—*(En voz baja.)* Flo, ¿por qué no invitamos a este muchacho al "picnic"? Podría ser la pareja de Millie?

flO.—Sí, eso está bien; pero...

SEÑORA POTTS.—*(Tomándole por su cuenta.)* Joven, mire: Fio y yo hemos organizado una excursión para los chicos. Venga usted también y haga de pareja de Millie.

HAL.—¿Una excursión?

SEÑORA POTTS.—Sí.

HAL.—No sé si será correcto que me entremeta en sus cosas.

SEÑORA POTTS.—Tonterías. Una excursión no tiene gracia si no hay mucha gente joven.

ALAN.—*(Trayendo a* HAL *al centro de la escena.)* Hal, quiero presentarte a Madge.

MADGE.—Ya nos conocemos. Bueno; quiero decir que ya nos hemos visto.

HAL.—Sí; ya nos hemos visto antes.

ALAN.—*(A* MADGE.) Hal ve siempre a las chicas bonitas.

MADGE.—*(Protestando formulariamente.)* Alan...

ALAN.—Bueno; tú eres la chica más bonita de la ciudad, ¿no es así? *(A* HAL.) El año pasado, la Cámara de Comercio la eligió reina de Neewollah.

HAL.—No comprendo.

MILLIE.—Fue designada reina de Neewollah. Neewollah es Halloween al revés.

SEÑORA POTTS.—*(Interviniendo en la conversación.)* Todos los años se celebra en Memorial Hall una solemne ceremonia de coronación, con toda clase de canciones y danzas artísticas.

MILLIE.—Madge tuvo que permanecer sentada durante toda la ceremonia, hasta que le pusieron una corona en la cabeza.

HAL.—*(Impresionado.)* ¿Sí?

MADGE.—Me cansé muchísimo.

MILLIE.—-El "Star" de Kansas City publicó retratos en color en el suplemento del domingo.

MADGE.—Todo el mundo esperaba que eso me engreiría, pero no fue así.

HAL.—¿No?

MILLIE.—Sería bastante difícil engreírse por aquellos retratos.

MADGE.—*(Humorísticamente.)* El color se corrió, y me plantaron la boca en medio de la frente.

HAL.—*(Con simpatía.)* ¡Caramba! ¡Qué contrariedad!

MADGE.—*(Filosóficamente.)* Cosas así ocurren a menudo.

MILLIE.—*(A* HAL.) Le echaré una carrera hasta el coche.

HAL.—*(Alejándose con* MILLIE.) ¿Es que no viene tu hermana con nosotros?

MILLIE.—Madge tiene que hacer la comida.

HAL.—¿Quieres decir que sabe guisar?

MILLIE.—¡Pues claro! Madge guisa, cose y hace todas las cosas que hacen las mujeres. *(Los dos echan a correr.* MILLIE *se lanza a través de la puerta del jardín, y* HAL *escala la valla para adelantarse a ella.)* FLO. —*(Preocupada.)* Alan...

ALAN.—Dígame.

FLO.—¿Cómo ingresó en la universidad un muchacho como él?

ALAN.—Por una beca conseguida a través del fútbol. Hal tuvo una actuación espectacular en un pequeño instituto de Arkansas.

FLO.—Pero ¡admitirle también en el club! ¿Es que esos muchachos no tienen un poco más de... educación?

ALAN.—Se les supone; pero a los clubs universitarios les agrada contar entre sus miembros a los grandes atletas... por la notoriedad que les da. Y Hal podría haber sido internacional...

SEÑORA POTTS.—*(Encantada.)* ¡Internacional!

ALAN.—...si hubiera estudiado un poco.

FLO.—Pero ¿qué pensaban de él los otros muchachos?

ALAN.—*(Con visible repugnancia.)* Pues... no les gustaba, señora Owens. Eran bastante desconsiderados con él. Cada vez que entraba en una estancia, los demás parecían erizarse. A mí tampoco me agradaba al principio. Luego compartimos la misma habitación, y aprendí a conocerle mejor. Hal es realmente un buen muchacho. Uno de los mejores amigos que he tenido jamás.

FLO.—*(Precisando más las cosas.)* ¿Es violento?

ALAN.—¡Oh!, realmente, no. Hal...

flO.—¿Bebe?

ALAN.—Un poco. *(Esforzándose por quitar importancia a la cosa.)* Señora Owens, Hal me respeta mucho. Yo me ocuparé de que se porte bien.

flO.—No me agradaría que le sucediese nada a Millie.

MADGE.—Millie sabe cuidar de sí misma. La mimas demasiado.

flO.—Puede ser. Vamos, Helen. *(Dirigiéndose a la* SEÑORA POTTS *en el momento en que ambas entran en la casa por la puerta posterior.)* ¡Oh querida!, ¿por qué no serán más sencillas todas las cosas?

ALAN.—*(Después de haber hecho mutis* flO *y la* SEÑORA POTTS.) Madge, siento mucho tener que volver a la universidad este otoño. Ha sido idea de mi padre.

MADGE.—Lo supongo.

ALAN.—Mi padre te aprecia mucho, Madge. Estoy seguro de ello. *(Pero ni el propio* ALAN *da la impresión de estar convencido de la veracidad de lo que afirma.)* MADGE.—Sí...; siempre ha sido muy cortés conmigo.

ALAN.—Te echaré de menos, Madge.

MADGE.—En la universidad habrá muchas chicas guapas.

ALAN.—Sinceramente, Madge, en los cuatro años que he estado allí no he conocido a ninguna chica que me gustase.

MADGE.—No lo creo.

ALAN.—Pues es cierto. ¡Son todas tan afectadas! Si querías salir con ellas, tenías que avisarlas con un mes de antelación.

MADGE.—¿Sí?

ALAN.—Madge, no es fácil confesarlo; pero sinceramente te digo que nunca creí que una muchacha como tú podría quererme un poco.

MADGE.—*(Conmovida.)* Alan...

ALAN.—Yo... tengo la esperanza de que me quieras un poco, Madge. *(La besa.)* HAL.—*(Entra en escena con cierto aire apologético. Está preocupado por algo y trata de atraer la atención de* ALAN.) ¡Eh, Seymour!...

ALAN.—*(Enojado.)* ¿Qué ocurre, Hal? ¿Es que no puedes sufrir que otro bese a una chica bonita?

HAL.—¿Qué diablos dices, Seymour?

ALAN.—*(Aprovechando el pretexto para desfogar su ira.)* Hal, ¿quieres refrenar la lengua?

MADGE.—¡Alan! Está bien.

HAL.—Lo siento. *(Hace una seña a* ALAN *para que se acerque.)* ALAN.—*(Saliendo a su encuentro.)* ¿Qué tripa se te ha roto? (MADGE *se aparta discretamente, al ver que* HAL *desea hablar con* ALAN *reservadamente.)* HAL.—Mira, Seymour: yo..., yo nunca he ido de excursión.

ALAN.—¿Qué estás diciendo? Todo el mundo ha ido alguna vez de excursión.

HAL.—Yo no. Cuando era chico, estaba demasiado ocupado jugando a los dados o robando botellas de leche.

ALAN.—Bueno; alguna vez tenía que ser la primera.

HAL.—Yo no he sido educado como tú. No sabría conducirme como es debido entre todas esas mujeres.

ALAN.—Las mujeres no son una novedad en tu vida.

HAL.—Pero estas..., estas son mujeres educadas. ¿Y si digo una inconveniencia o hace ruidos mi estómago? Me encuentro un poco raro en este ambiente.

ALAN.—¡Eres todo un psicólogo!

HAL.—Está bien. Pero, si meto la pata, tendrás que hacer la vista gorda. *(Hace mutis, corriendo.* ALAN *ríe, y después vuelve al lado de* MADGE.) ALAN.—Vendremos a eso de las cinco, Madge.

MADGE.—Muy bien.

ALAN.—*(Pegado a ella, tiernamente.)* Madge, esta noche,

después de cenar, podríamos dejar a los otros para dar un paseo en bote por el río.

MADGE.—Está bien, Alan.

ALAN.—Quiero comprobar si eres una realidad a la luz de la luna.

MADGE.—¡Alan! ¡No digas eso!

ALAN.—¿Por qué? No me importa que seas una realidad o no. Eres la muchacha más bonita que jamás he conocido.

MADGE.—Pues así y todo, soy una realidad. *(Cuando* ALAN *empieza a besarla, se oye la bocina de un automóvil.)* HAL.—*(Dando estentóreas voces desde fuera de la escena.)* ¡Eh, Seymour! ¡Espabila! *(Hace mutis* ALAN, *irritado.* MADGE *los contempla mientras se alejan en el automóvil. Les dice adiós con la mano.)* flO.—*(Desde dentro.)* ¡Madge! Ven aquí.

MADGE.—Ya voy, mamá. *(En el momento en que va a entrar en casa suena el silbato de un tren en la lejanía.* MADGE *lo oye y se queda inmóvil, escuchando.)*

TELÓN

ACTO SEGUNDO

El mismo día, muy avanzada la tarde. El sol desciende hacia el ocaso, impregnando la atmósfera de un radiante resplandor anaranjado.

Al levantarse el telón, MILLIE *está en el porche, sola. Se ha permitido "vestirse", y lleva un vestido muy bonito y femenino, con el que no puede menos de sentirse un poco extraña. Está sumamente atractiva. Se oye la música de un piano, procedente de algún lugar situado más allá de la casa de la* SEÑORA POTTS, *y* MILLIE *permanece inmóvil un momento, escuchándola. Después empieza a balancearse al compás de la música, y no tarda en ponerse a bailar por el porche y el jardín una singular danza improvisada. Cesa repentinamente la música y se quiebra el encanto.* MILLIE *corre al fondo de la escena y llama a voces, hacia la izquierda.*

MILLIE.—¡No lo dejes ahora, Ernie! *(No oye la respuesta de* ERNIE.) ¿Eh? (MADGE *entra, procedente de la cocina.* MILLIE *se dirige a ella.)* Ernie está esperando al resto de la banda para practicar. Van a tocar esta noche en el parque.

MADGE.—*(Avanzando hasta el centro del escenario y sentándose en una silla.)* No sé por qué no has podido ayudarnos en la cocina.

MILLIE.—*(Con desenvoltura, ofreciendo su propia versión de la bella mundana.)* Tuve que vestirme para el baile.

MADGE.—He tenido que hacer la ensalada de patatas y rellenar los huevos y preparar tres docenas de emparedados.

MILLIE.—*(Con acento exageradamente afectado.)* Tuve que bañarme... y darme polvos en los miembros... y ponerme el vestido...

MADGE.—¿Has limpiado la bañera?

MILLIE.—Sí, he limpiado la bañera. *(Con timidez.)* Madge, ¿qué aspecto tengo? Dime la verdad.

MADGE.—Estás muy linda.

MILLIE.—¡Me encuentro tan rara!

MADGE.—Puedes quedarte con el vestido, si te gusta.

MILLIE.—Gracias. *(Pausa.)* Madge, ¿cómo hablas tú a los chicos?

MADGE.—¡Qué pregunta! Pues habiéndoles.

MILLIE.—¿Y cómo se te ocurren las cosas que has de decir?

MADGE.—No sé. Tú di lo que se te ocurra, sencillamente.

MILLIE.—¿Y si no se me ocurre nada?

MADGE.—Esta mañana has hablado con él, ¿no?

MILLIE.—Pero ahora es mi pareja, y eso es diferente...

MADGE.—No digas tonterías.

MILLIE.—Es un atleta. Tenías que haberle visto esta mañana en el trampolín. Ejecutó zambullidas llenas de gracia, dio saltos mortales de espalda... Los muchachos le rodeaban aplaudiendo. Estaba en su elemento.

MADGE.—*(Con el pensamiento en otra parte.)* Creo que esta noche me pintaré las uñas de los pies y me pondré sandalias.

MILLIE.—Y toda la tarde ha estado vanagloriándose de haber sido buceador en la isla Catalina.

MADGE.—¿De veras?

MILLIE.—Y afirma que ha ganado centenares de dólares saltando en paracaídas desde un globo. ¿Lo crees tú?

MADGE.—No veo por qué no había de creerlo.

MILLIE.—Alan nunca se jacta de esa manera.

MADGE.—Alan no ha saltado nunca de un globo.

MILLIE.—Madge, me parece que a ese hombre le vuelven loco las chicas.

MADGE.—Todos los chicos que ves te parece que tienen algo terrible.

MILLIE.—Alan nos llevó al Hi Ho, y allí había una pandilla de chicas, en la caseta del fondo, Juanita Badger y sus amigas. *(Al oír este*

nombre, MADGE *emite un gruñido.)* En cuanto le vieron, empezaron a reírse, a hacer monadas y a decir toda suerte de tonterías. Juanita Badger se me acercó y me dijo bajito: "Es la cosa más estupenda que he visto en mi vida." ¿Lo es, Madge?

MADGE.—*(Con cautela.)* Desde luego, yo no diría que es "la cosa más estupenda que he visto en mi vida".

MILLIE.—Juanita Badger es una chica muy ligera. Se sienta en la última fila en el cine, para que los muchachos que entren la vean y se sienten a su lado. Una vez, a ella y a Rubberneck Krauss les invitaron a abandonar la sala..., ¡y ni siquiera se estaban besando!

MADGE.—*(Orgullosamente.)* Yo nunca cruzo la palabra con Juanita Badger.

MILLIE.—Madge, ¿crees que le agradaré?

MADGE.—¿Por qué me haces tantas preguntas? Tú eres la inteligente de la casa.

MILLIE.—No es que me importe. Es simple especulación.

flO.—*(Saliendo de la cocina.)* Ahora es cuando digo que tengo dos hijas guapas de verdad.

MILLIE.—*(Turbada.)* Cállate, mamá...

flO.—Madge, ¿no está bonita Millie?

MADGE.—Cuando no se pellizca la nariz.

flO.—¡Madge! *(A* MILLIE.) No quiere que nadie sea bonita, excepto ella.

MILLIE.—Dices que soy bonita solo porque eres mi madre. Las personas a quienes amamos siempre nos parecen bellas, pero a quienes lo son de verdad todo el mundo las ama.

flO.—Ve a buscar a Helen Potts para que vea lo guapa que estás.

MILLIE.—*(En una vehemente parodia de sí misma.)* ¡He aquí a Millie Owens, la gran belleza de todos los tiempos! ¡Preparaos para desmayaros en cuanto la veáis! *(Trepa por el lateral del porche de la* SEÑORA POTTS *y desaparece.)* flO.—*(Se sienta en uno de los sillones del porche.)* ¿Dónde tendría yo la cabeza para dejar a Helen Potts que

pidiese a ese vagabundo que acompañe a Millie durante la excursión?

MADGE.—¿Te refieres a Hal?

flO.—Sí, a Hal o como se llame. Ha dejado todas las toallas del cuarto de baño más negras que la pez. Y además ha dejado levantada la tapa.

MADGE.—No hará daño a nadie el mostrarse amables con él.

flO.—Si esta noche alguien pretendiese beber, procura evitarlo.

MADGE.—No pienso convertirme en una aguafiestas.

flO.—Si los muchachos desean echar un trago, tú no puedes evitarlo, desde luego; pero sí puedes impedir que Millie beba.

MADGE.—No me haría el menor caso.

flO.—*(Cambiando de tema.)* Bueno, será mejor que vayas a vestirte. Y no te pases toda la tarde admirándote en el espejo.

MADGE.—Mamá, no te burles de mí.

flO.—No debes tomar a mal una broma bienintencionada, hija mía.

MADGE.—Cuando me miro en el espejo... me parece como si esa fuese la única manera de probarme a mí misma que estoy viva.

flO.—¡Madge! Me confundes... *(Entran las tres maestras, por la derecha del primer término. Vienen bastante cansadas de su fiesta. En contraste con su alegre mutis del acto primero, su actual estado de ánimo resulta lúgubre, como si hubiesen esperado algo más de su vuelta a casa y esa esperanza hubiera resultado fallida.)* IRMA.—Le traemos a su oveja descarriada, señora Owens.

flO.—*(Volviéndose.)* ¡Hola! ¿Qué tal la reunión? ¿Lo han pasado bien?

IRMA.—No mucho. Cada una de nosotras hemos tenido que pagarnos la comida. Luego, hemos estado jugando al "bridge" toda la tarde. *(Confidencialmente, a* ROSEMARY.) Me aburre jugar al "bridge".

flO.—La comida es muy buena en el hotel, ¿no?

IRMA.—Pues no mucho. Pero, eso sí, se la presentan a usted de

manera impecable, con servilletas de verdad y todo. ¡Dios mío, cómo detesto las servilletas de papel!

CHRISTINE.—A mí me dieron una chuleta de cerdo que casi todo era gordo. ¿Y a vosotras?

ROSEMARY.—Yo he comido pimientos rellenos.

IRMA.—Y yo, pollo asado.

CHRISTINE.—A Linda Sue Breckenridge le dieron asado de ternera en marmita, y solo encontró un trocito de carne. Todas las que estábamos en su mesa hicimos que llamase al camarero para protestar.

ROSEMARY.—¡Naturalmente!

IRMA.—¡Muy bien hecho! *(Hay una pausa.)* Creo que ya va siendo hora de que alguien se fije en mi vestido nuevo, ¿no?

ROSEMARY.—Precisamente iba a decir algo cuando... esto...

IRMA.—¿Recuerdas aquel vestido de crespón, con espalda de satén, que usé el año pasado? ROSEMARY.—¡No me digas!

IRMA.—Mamá me lo arregló mientras estuve en Columbia. Y me da la impresión de que es un vestido flamante. *(Con resquemor)* Pero ¡nadie ha dicho nada en toda la tarde!

CHRISTINE.—Es muy elegante.

IRMA.—*(Este elogio parece aplacar un tanto a* IRMA, *cuyo rostro resplandece. Pero se produce un silencio embarazoso, durante el cuál a nadie se le ocurre añadir nada.)* Bueno...; ya es hora de que nos marchemos, Christine. Rosemary tiene una cita. *(A* ROSEMARY.) Vendremos a buscarte por la mañana. No te retires muy tarde. *(Se dirige al fondo de la escena y espera a* CHRISTINE *junto a la puerta del jardín.)* CHRISTINE.—*(Acercándose a* ROSEMARY.) Quiero decirte que tengo la impresión de que te conozco de toda la vida, a pesar de haber sido esta la primera vez que nos hemos visto.

ROSEMARY.—*(Con acento de profunda devoción.)* Yo te considero como una antigua amiga.

CHRISTINE.—*(Llena de gozo.)* ¡Oh!...

ROSEMARY.—*(En el instante en que hacen mutis* IRMA *y* CHRISTINE.) ¡Hasta la vista, chicas!

flO.—*(A* ROSEMARY.) ¿A qué hora vendrá Howard?

ROSEMARY.—Ya no tardará nada.

MADGE.—Mamá, ¿hay agua caliente?

flO.—Tendrás que ir a verlo.

MADGE.—*(Se dirige a la puerta; luego se vuelve a* ROSEMARY.) Señorita Sydney, ¿tendría inconveniente en dejarme usar un poco de su Shalimar?

ROSEMARY.—En absoluto, querida.

MADGE.—Muchas gracias. *(Entra en la casa.)* ROSEMARY.—Madge piensa demasiado en los chicos, señora Owens.

flO.—*(Incrédula.)* ¿Madge? *(La conversación es interrumpida por la excitada aparición de la* SEÑORA POTTS, *que llega de su casa. En pos de ella viene* MILLIE, *que trae otro pastel.)* SEÑORA POTTS.—¡Es un milagro! ¡Eso es, un verdadero milagro! Jamás creí que Millie pudiera ser tan bonita... Es como una película que vi una vez de Betty Grable..., ¿o era Lana Turner? Bueno, el caso es que hacía de secretaria de un importante hombre de negocios. Llevaba gafas, se aplastaba el cabello y los hombres no le hacían el menor caso. Un buen día se quitó las gafas, y el jefe se quiso casar en seguida con ella... Ahora, todos los muchachos van a enamorarse de Millie.

ROSEMARY.—¿Tiene Millie pareja para esta noche?

flO.—Lamento decir que sí.

SEÑORA POTTS.—¿Cómo es eso, Flo?

ROSEMARY.—¿Quién es, Millie? Díselo a tu tía Rosemary.

MILLIE.—Hal.

ROSEMARY.—¿Quién?

flO.—El joven que ha estado trabajando en casa de Helen ha resultado ser amigo de Alan.

ROSEMARY.—¡Ah, "él"! (MILLIE *hace mutis, desapareciendo en la cocina.)* flO.—Helen, ¿se ha tomado la molestia de cocer otro pastel?

SEÑORA POTTS.—Una vieja como yo, si desea recibir las

atenciones de los jóvenes en una excursión, todo lo que puede hacer es cocer un pastel...

FIO.—*(Con leve acento de reproche.)* ¡Helen Potts!

SEÑORA POTTS.—Me siento un poco excitada, Fio. Creo que nosotras organizamos excursiones para que nos sirvan de pretexto... para que ocurra algo interesante en nuestras vidas.

FIO.—Como, por ejemplo...

SEÑORA POTTS.—No sé.

MADGE.—*(Se presenta en escena, cruzando la puerta como un torbellino.)* ¡Mamá, Millie me saca de quicio! Cada vez que se baña tiene que llenar la bañera hasta el borde. No queda ni una gota de agua caliente.

FIO.—Deberías haber pensado antes en ello.

ROSEMARY.—*(Oye llegar y detenerse el coche de* HOWARD.) ¡Es él! ¡Es él!

SEÑORA POTTS.—¿Quién? ¡Ah!, es Howard. ¡Hola, Howard!

ROSEMARY.—*(Volviendo a sentarse.)* Si ha estado bebiendo, no saldré con él.

HOWARD.—*(Entrando por la puerta del jardín.)* Buenas tardes, señoras. (HOWARD *es un nombre delgadito y de corta estatura, que se acerca rápidamente a la edad media. Comerciante de pueblo, tiene en los labios una permanente sonrisa de salutación que, la mayor parte de las veces, es bastante sincera.)* FIO.—Hola, Howard.

HOWARD.—Estás muy elegante, Rosemary.

ROSEMARY.—*(Su tono debe dar a entender claramente que no es mujer que se someta a ningún hombre.)* Me parece que podías haberte dejado puesta la chaqueta.

HOWARD.—Todavía hace mucho calor, aunque estemos en septiembre. Buenas tardes, Madge.

MADGE.—Hola, Howard.

FIO.—¿Cómo van las cosas en Cherryvale, Howard?

HOWARD.—Se hace negocio. Es la época del retorno a la escuela... y todo el mundo compra.

flO.—Cuando los negocios son buenos, las cosas marchan bien para todo el mundo.

MILLIE.—*(Sale de la cocina y se detiene tímidamente detrás de* HOWARD.) ¡Hola, Howard!

HOWARD.—*(Volviéndose y haciendo un descubrimiento.)* ¡Caramba, Millie es una chica muy atractiva! Nunca me había dado cuenta hasta ahora.

MILLIE.—*(Acercándose a* flO, *aprensiva.)* Mamá, ¿a qué hora dijeron que vendrían?

flO.—A las cinco y media. Me lo has preguntado una docena de veces. *(Se oye el ruido de unos automóviles que se aproximan, y* flO *mira a lo lejos, fuera de la escena, por la derecha.)* ¡Alan ha traído los dos coches! (MILLIE *entra corriendo en la casa.)* SEÑORA POTTS.—*(A* flO.) Algún día la veremos a usted paseando en ese gran Cadillac...

ALAN.—*(Entrando por la derecha.)* ¿Todo el mundo listo?

flO.—Siéntese un momento, Alan.

ROSEMARY.—*(Con aire de anfitriona impecable.)* Cuanto más tiempo, mayor será el placer.

ALAN.—He traído los dos coches. He pensado que Hal y Millie pueden llevar las cestas en el Ford. Hal lo está estacionando ahora. *(A* MADGE, *que está sentada en la barandilla del porche de la* SEÑORA POTTS.) ¡Hola, preciosa!

MADGE.—¡Hola, Alan!

ALAN.—*(Llamando a su amigo, que está fuera de la escena.)* ¡Vamos, Hal!

flO.—¿Es un conductor prudente, Alan? *(Esta pregunta queda sin respuesta.* HAL *llega corriendo, tirándose, molesto, de las hombreras de la chaqueta, y gritando con voz que en tiempos pasados atronó los aposentos de la Universidad.)* HAL.—¡Eh, Seymour! Mira, soy un chicarrón. Soy mucho más corpulento que tú. No puedo usar tu chaqueta.

ALAN.—Pues quítatela.

SEÑORA POTTS.—Eso es. A mí me gusta que los hombres estén cómodos.

HAL.—*(Con amplia sonrisa, que denota absoluta confianza en sí mismo.)* Nunca he podido ponerme la ropa de otro. Miren: soy muy ancho de hombros. *(Demuestra su aseveración.)* Tenía que hacerme toda la ropa a la medida. *(Balancea los brazos, satisfecho de la libertad en que los encuentra. La* SEÑORA POTTS *le contempla con admiración; las otras mujeres le miran pensativas.)* ALAN.—*(Deseando concluir con las formalidades.)* Escucha, Hércules: ya te he presentado a la señora Owens...

HAL.—¡Desde luego! (flO *hace un leve movimiento afirmativo con la cabeza.)* ALAN.—...y creo que has conocido a la señora Potts esta mañana.

HAL.—*(Rodeándola con los brazos.)* ¡Oh, es mi novia!

SEÑORA POTTS.—*(Riendo como una jovencita.)* He cocido un pastel magnífico...

HAL.—*(Expansivamente, como si hiciese un anuncio de interés público.)* Esta damita se apiadó de mí cuando prácticamente estaba muñéndome de hambre. Tuve un tropiezo mientras viajaba. Dos tipos me despojaron hasta del último céntimo.

ALAN.—*(Interrumpiéndole.)* Y..., ¡ejem!..., te presento a la señorita Rosemary Sydney, Hal. La señorita Sydney enseña taquigrafía y mecanografía en el Instituto de la localidad.

ROSEMARY.—*(Tendiéndole la mano.)* Sí, soy una maestra solterona.

HAL.—*(Con innecesaria seriedad.)* Siento el más profundo respeto por las maestras, señora. Es un trabajo durísimo y no muy bien pagado. (ROSEMARY *no sabe si esto es un cumplido o no.)* ALAN.—Y este caballero es Howard Bevans, Hal. El señor Bevans es amigo de la señorita Sydney.

HOWARD.—*(Mientras se dan la mano.)* Tengo una tiendecita en Cherryvale. Mercería, bisutería y material escolar. Vaya usted con Alan alguna vez para conocerla. (MILLIE *entra y se queda en el porche, simulando desenvoltura e indiferencia.)* HAL.—*(A* HOWARD, *con suma seriedad.)* Caballero, iremos tan pronto como tengamos una fecha

libre. *(Ve a* MILLIE.) ¡Eh, pequeña! *(Ejecuta una complicada imitación de la zambullida del cisne y va a parar junto a la muchacha, en el porche.)* Hoy te has puesto un poco más morenita, ¿eh? *(Volviendo a los demás.)* Tenían que haber visto ustedes a Millie esta mañana. Ejecutó un espléndido salto de carpa desde el trampolín alto.

MILLIE.—*(Apartándose de él y sentándose en los escalones.)* ¡Deje eso ya!

HAL.—¿Qué te ocurre, pequeña? ¿Crees que estoy burlándome? *(Dirigiéndose de nuevo a todo el grupo.)* Lo que voy a decir es algo que no admitiría fácilmente ante nadie, pero la verdad es que ella da el salto de carpa casi tan bien como yo... *(Comprendiendo que esto puede sonar a jactancia, pasa a explicarse.)* Bueno, es que yo fui campeón de saltos en trampolín en la Costa Occidental, y por eso sé lo que estoy diciendo. *(Ríe para darse aplomo y se sienta en el escalón, al lado de* MILLIE.) flO.—*(Al cabo de un momento.)* Madge, deberías empezar a vestirte ya.

ALAN.—Sí, ve a ponerte guapa para nosotros.

MADGE.—Mamá, ¿puedo ponerme el vestido nuevo?

flO.—No. Ese vestido te lo he hecho para cuando vayas al baile este otoño. *(La atención vuelve a centrarse en* HAL, *y* MADGE *continúa sentada, inadvertida, observándole.)* ROSEMARY.—*(A* HAL.) ¿De dónde ha sacado esas botas?

HAL.—Supongo que debería disculparme por mi aspecto. Pero el caso es que esos tipos, de quienes les hablé antes, también se llevaron todas mis ropas.

SEÑORA POTTS.—¡Qué lástima!

HAL.—No quisiera que ustedes creyesen que se hallan en compañía de un vagabundo. *(Ríe con embarazo.)* SEÑORA POTTS.—*(Intuitivamente dice lo más oportuno para ayudarle.)* El hábito no hace al monje.

HAL.—Eso es lo que yo digo, señora.

flO.—¿Está atendida su madre, Helen?

SEÑORA POTTS.—Sí, Fio. He contratado los servicios de una niñera. *(Ríen todos.)* flO.—Entonces vamos a preparar las cestas. (flO *desaparece en la cocina. La* SEÑORA POTTS *hace intención de seguirla,*

pero la retiene la historia de HAL *y vuelve a sentarse.)* HAL.—*(Prosiguiendo su explicación a* ROSEMARY.) Mire, señora: mi viejo me dejó estas botas al morir.

ROSEMARY.—*(Traviesamente.)* ¿Eso es todo lo que le dejó? ¿Un par de botas?

HAL.—Me dijo: "Hijo mío, el hombre necesita en su casa un par de botas, porque tiene que dar muchos puntapiés."

Los jornales han volado.

La renta pide el casero.

Acudes a tu esposa, enamorado, y te cubre de improperios.

(HAL *sonríe y explica orgullosamente.)* Es un pequeño poema que compuso él mismo. Me dijo: "Hijo, habrá ocasiones en que lo único de que podrás sentirte orgulloso será el hecho de que eres un hombre. Lleva esas botas para que la gente te oiga llegar, y manten los puños cerrados cuando llegues allí para que vean que no bromeas." *(Ríe.)* Mi viejo era un hombre lapidario.

ALAN.—*(Riendo.)* Hal es muy tímido antes de conocer a las personas. Luego, no hay manera de hacerle callar. *(De pronto, la mirada de* HAL *se posa en* MADGE, *encaramada en el porche de la* SEÑORA POTTS.) HAL.—¡Hola!

MADGE.—¡Hola! *(Ambos desvían la mirada, con cierto sentimiento de culpabilidad.)* HOWARD.—¿A qué negocio se dedica usted?

HAL.—*(Empieza a inflarse, como si fuese un personaje importante.)* Estoy a punto de entrar en el negocio del petróleo, caballero. *(Se sienta en un sillón, en el centro de la escena.)* HOWARD.—¡Ah!

HAL.—Mire: aunque mi viejo no era un millonario aristocrático ni nada, tenía algunos amigos muy importantes, que eran grandes hombres..., a su manera, claro. Uno de ellos quería que entrase en una empresa petrolífera de Tejas..., pero...

ALAN.—*(Prosaicamente.)* Mi padre y yo le hemos buscado trabajo a Hal en el oleoducto.

HAL.—¡Caramba, Seymour! Creo que deberías dejarme contar

la historia a mí, ¿no?

ALAN.—*(Sabiendo que es preferible dejar que* HAL *siga hablando.)* Disculpa, Hal.

HAL.—*(A todos, con solemne seriedad.)* Miren: he resuelto empezar desde el principio, porque de ese modo aprenderé las cosas mucho mejor..., aunque de momento no gane mucho dinero...

SEÑORA POTTS.—*(Acudiendo nuevamente en su ayuda.)* El dinero no lo es todo en la vida.

HAL.—Eso es lo que yo digo, señora. El dinero no lo es todo en la vida. Al menos, eso sí lo he aprendido bien. Y, desde luego, estoy muy agradecido a Alan y a su... *(Reflexiona un instante y utiliza la palabra "padre" en lugar de la de "viejo".)* padre por darme esta oportunidad.

SEÑORA POTTS.—Eso es maravilloso. *(Tiene plena fe en él.)* HOWARD.—Esta es una buena ciudad para los negocios. Cualquier joven puede llegar lejos.

HAL.—Caballero, yo me propongo llegar lejos.

ROSEMARY.—Cualquier joven que venga a la ciudad ha de tener don de gentes.

SEÑORA POTTS.—¿No sería magnífico que ingresase en el Club de Campo y jugase al golf?

ALAN.—No podrá.

ROSEMARY.—El equipo de bolos es una pandilla muy ruidosa.

SEÑORA POTTS.—Y en la iglesia baptista hay una clase de Biblia para los jóvenes. (HAL *ha estado dando vueltas a estos planes para su futuro. Ahora tranquiliza a todos.)* HAL.—¡Oh!, desde luego, ingresaré en esos clubs, iré a la iglesia y haré todas esas cosas.

flO.—*(Saliendo de la cocina.)* ¡Madge! Pero ¡todavía estás ahí!

MADGE.—*(Corre hacia la puerta principal de su casa.)* Con permiso de ustedes, voy a vestirme. *(Entra en casa.)* flO.—Ya va siendo hora.

ALAN.—*(Dando voces a* MADGE.) ¡Date prisa, Dalila!

MILLIE.—Si viese cómo se acicala Madge... Utiliza unas seis clases de crema facial y se empolva de pies a cabeza, y luego se frota con perfume debajo de las orejas para dar sensación de misterio. Emplea su buena media hora en pintarse los labios. No estará lista antes de varias horas.

flO.—Vamos, Helen. Alan, necesitaremos el concurso de un hombre para partir el hielo y meter las cestas en el coche. *(La* SEÑORA POTTS *hace mutis en la casa.)* HAL.—*(Generosamente.)* Yo la ayudaré, señora.

flO.—*(Incapaz de aceptar su ayuda.)* No, gracias. Alan lo hará con gusto.

ALAN.—*(A* HAL, *al marcharse.)* Cuida tus modales, Hal. (ALAN *y* flO *inician el mutis.)* MILLIE.—*(No sabiendo qué hacer a solas con* HAL, *corre hacia su madre.)* ¡Mamá!

flO.—Enséñale tus dibujos a ese joven, Millie.

MILLIE.—*(A* HAL.) ¿Quiere verlos?

HAL.—¿Quieres decir que sabes hacer retratos?

MILLIE.—*(Coge un cuaderno de dibujos y se lo muestra a* HAL. flO *y* ALAN *entran en la casa.)* Esa es la señora Potts.

HAL.—*(Impresionado.)* ¡Es igual que ella!

MILLIE.—Yo quiero mucho a la señora Potts. Cuando vaya al cielo, me gustaría que todo el mundo fuese como ella.

HAL.—Oye, pequeña: ¿quieres dibujarme a mí?

MILLIE.—Bueno, lo intentaré.

HAL.—Una vez trabajé de modelo. *(Adopta una "pose".)* ¿Qué te parece? (MILLIE *mueve la cabeza.)* ¿Y esta otra? *(Se sienta en un tocón, adoptando otra "pose".)* ¿Está bien así?

MILLIE.—¿Por qué no adopta una actitud natural?

HAL.—¡Caramba! Eso es muy difícil. *(Finalmente, posa de manera natural.* MILLIE *empieza a dibujar.* ROSEMARY *y* HOWARD *están sentados juntos en el escalón. El sol empieza a hundirse en el horizonte, inundando la escena de un resplandor anaranjado, que casi parece un incendio.)* ROSEMARY.—*(Cogiendo a* HOWARD *del brazo.)* ¡Mira qué

puesta de sol, Howard!

HOWARD.—Preciosa, ¿verdad?

ROSEMARY.—Es la puesta de sol más llameante que he visto jamás.

HOWARD.—Si se trasladase a un cuadro, nadie lo creería.

ROSEMARY.—Es como si la luz del día se resistiese a morir, ¿verdad?

HOWARD.—*(No muy seguro de lo que ella quiere decir.)* ¡Oh!..., no sé.

ROSEMARY.—Como si la luz del día se resistiese a morir, como si estuviese dispuesta a luchar y tal vez a incendiar el mundo... para impedir la llegada de la noche.

HOWARD.—Rosemary..., eres una poetisa.

HAL.—*(Mientras* MILLIE *dibuja, él empieza a relajarse y a reflexionar sobre su vida.)* Mira: llega un momento en la vida de todo hombre en que este siente la necesidad de asentarse definitivamente. Una ciudad pequeña como esta..., este es el sitio ideal para quedarse a vivir, un lugar donde la gente sea tranquila y sincera.

ROSEMARY.—No, Howard; nada de beber mientras Millie esté ahí.

HAL.—*(Se vuelve al oír la palabra "beber".)* ¿Qué es eso?

ROSEMARY.—Nada, estamos charlando.

HAL.—*(Dirigiéndose de nuevo a* MILLIE.) ¿Qué has hecho esta tarde, pequeña?

MILLIE.—He leído un libro.

HAL.—*(Impresionado.)* ¿Quieres decir que has leído "todo" un libro en una sola tarde?

MILLIE.—Desde luego. Estese quieto.

HAL.—¡Que me parta un rayo! ¿De qué trataba?

MILLIE.—No tiene mucha trama. Es lo que una siente cuando lo

lee..., una especie de calor por dentro... y tristeza y regocijo..., todo al mismo tiempo.

HAL.—Ya..., desde luego. *(Al cabo de un momento.)* Me gustaría tener más tiempo para leer libros. *(Orgullosamente.)* Eso es lo que voy a hacer en cuanto ordene definitivamente mi vida. Leeré los mejores libros... y escucharé la mejor música. Un hombre se debe eso a sí mismo. (MILLIE *continúa dibujando.)* Yo solía salir con una chica que leía libros. Ingresó en el Club del Libro del Mes, y la tenían todo el tiempo leyendo libros... Apenas acababa de leer uno, cuando ya le habían mandado otro.

ROSEMARY.—*(Al ver que* HOWARD *se aleja.)* ¿Adonde vas, Howard?

HOWARD.—Vuelvo en seguida, cariño. (ROSEMARY *le sigue hasta la puerta del jardín y le observa mientras él está fuera de la escena.)* HAL.—*(Recibiendo su retrato de manos de* MILLIE.) ¿Soy yo? *(Admirándolo.)* Desde luego, admiro a las personas que son artistas. ¿Puedo quedarme con él?

MILLIE.—Claro que sí. *(Con timidez.)* También escribo poesías. He escrito poemas que no se los he enseñado a nadie.

HAL.—Tú debes de ser una especie de genio.

ROSEMARY.—*(Llamando a* HOWARD.) ¡Howard, deja esa botella donde está!

HAL.—*(Da un salto al oír la palabra "botella".)* ¿Ha dicho "botella"?

ROSEMARY.—*(Acercándose a* HAL.) Ha estado en el hotel comprando a esos bandidos de porteros "whisky" de contrabando.

HOWARD.—*(Regresa con una botella en la mano.)* Joven, ¿le gustaría echar un trago de esto?

HAL.—¡Con mil amores! *(Bebe.)* ROSEMARY.—Howard, guarda eso.

HOWARD.—Millie no va a escandalizarse porque le vea a uno echar un trago, ¿verdad, Millie?

MILLIE.—Pues claro que no.

ROSEMARY.—¿Y si pasase alguien y luego se lo contase a la junta de la escuela? Perdería mi empleo en menos que canta un gallo.

HOWARD.—¿Quién va a vernos, cariño? Todo el mundo se ha ido de excursión al parque.

ROSEMARY.—No me importa. Los licores están prohibidos en este estado, y hay que cumplir las leyes. *(A* HAL.) ¿No le parece a usted, joven?

HAL.—*(Deseando mostrar su aquiescencia.)* ¡Oh, naturalmente! Hay que cumplir las leyes.

HOWARD.—Anda, cariño, bebe un poco.

ROSEMARY.—No, Howard, no pienso beber una sola gota.

HOWARD.—Vamos, cariño, echa un traguito, aunque solo sea por mí.

ROSEMARY.—*(Empezando a ablandarse.)* Howard, debería darte vergüenza.

HOWARD.—*(Inocente.)* No veo por qué.

ROSEMARY.—Creo que adivino por qué quieres que beba...

HOWARD.—Vamos, cariño, eso no es así. Simplemente, deseo que pases un buen rato, como los demás. *(A* HAL.) Las maestras también tienen derecho a vivir. ¿No le parece a usted, joven?

ROSEMARY.—*(Cogiendo la botella.)* Escucha, Millie: no vayas luego a decírselo a ninguna chica de la escuela.

MILLIE.—¿Por quién me toma?

ROSEMARY.—*(Mirando a su alrededor.)* ¿Viene alguien?

HOWARD.—La costa está despejada.

ROSEMARY.—*(Se echa un buen trago al coleto y pone cara de circunstancias.)* ¡Uf! ¡Un poco de agua!

HOWARD.—Millie, ¿por qué no entras a buscar un poco de agua?

ROSEMARY.—La señora Owens sospecharía algo. Beberé en la

boca de riego. *(Sale corriendo hacia el jardín de la* SEÑORA POTTS.) HOWARD.—Millie, chiquilla, me gustaría ofrecerte un trago, pero supongo que tu madre pondría el grito en el cielo.

MILLIE.—¡Ojos que no ven, corazón que no siente! *(Tiende la mano hacia la botella.)* HAL.—*(Apoderándose de ella antes.)* No, pequeña. ¡Deja eso! *(Echa otro trago.)* ROSEMARY.—*(Desde fuera de la escena.)* ¡Howard, socorro ! ¡Hay una serpiente!

HOWARD.—Ve tú, Millie. No hay ninguna serpiente. *(Sale* MILLIE. *En el momento en que* HAL *bebe de nuevo, ve encenderse la luz en el cuarto de* MADGE. HOWARD *sigue la mirada de* HAL.) Mírela cómo se empolva los brazos... Siempre que vengo aquí, la busco con la mirada y me digo: "Bevans, muchacho, mira todo lo que quieras, pero no llegarías a esa ventana ni con una vara de diez pies de larga."

HAL.—*(Con una especie de respetuoso temor.)* Es una de esas chicas que se hacen respetar de los hombres.

HOWARD.—Mire cómo se pinta sus lindos labios. Me parece que, cuando Dios ha hecho una muchacha tan bonita como ella, lo habrá hecho con algún objeto, y ya es hora de que esa chica descubra cuál es ese objeto. *(Se le ocurre una idea)* Mire, hijo: si sufre mucho, yo conozco un par de chicas en el hotel...

HAL.—Gracias, pero ya he renunciado a eso.

HOWARD.—Me parece una actitud muy hermosa.

HAL.—Además, yo nunca tuve que pagar por ello.

ROSEMARY.—*(Entra, seguida de* MILLIE.) ¡Dios mío, creí que iba a desmayarme!

MILLIE.—*(Riéndose de la excitabilidad de* ROSEMARY.) Era un simple trozo de manguera.

ROSEMARY.—*(Mirando recelosa a los dos hombres.)* ¿De que están ustedes hablando?

HOWARD.—Pues... del tiempo, cariño. Del tiempo...

ROSEMARY.—Me extraña.

MILLIE.—*(Viendo a* MADGE *en la ventana.)* ¡Eh, Madge! ¿Por qué no cobras la entrada? *(Se corren los visillos de la ventana de*

MADGE.) ROSEMARY.—¡Bah! Cuando yo era más joven era tan bonita como ella.

HOWARD.—Pues claro que lo eras, cariño.

ROSEMARY.—*(Cogiendo la botella.)* Los muchachos iban a verme constantemente. Pero si mi padre me hubiese sorprendido exhibiéndome en una ventana, me habría zurrado de lo lindo. *(Echa un trago.)* Porque yo he sido severamente educada por un hombre temeroso de Dios. *(Vuelve a beber.)* MILLIE.—*(Ha empezado a sonar la música en el fondo de la escena.)* ¡Eh, buena suerte, Ernie! *(Explica a* HAL.) Son Ernie Higgins y sus Muchachos de la Felicidad. Tocan siempre que hay baile por aquí.

ROSEMARY.—*(Empieza a balancearse extáticamente.)* ¡Dios mío, cómo me gusta esa música! Ven a bailar conmigo, Howard.

HOWARD.—Cariño, yo no sé bailar.

ROSEMARY.—Eso es lo que decís los hombres para escurrir el bulto. *(Volviéndose a* MILLIE.) Ven a bailar conmigo, Millie. *(Se lleva a la muchacha al porche y entre las dos lo despejan de sillas.)* MILLIE.—Yo la llevaré, yo la llevaré. (ROSEMARY *y* MILLIE *bailan de manera automática y correcta, conservando el ritmo de la música, pero nada más. Ambas mujeres parecen hacer gala de cierta arrogancia al bailar juntas, como jactándose ante los hombres de su independencia. Su ritmo es preciso, pero carente de inspiración.* HOWARD *y* HAL *las contemplan, riendo.)* HOWARD.—Suponed que Hal y yo hiciésemos lo mismo.

ROSEMARY.—Por mí, adelante. (HOWARD *se vuelve hacia* HAL, *y, riendo, los dos hombres se ponen a bailar juntos, realizando* HAL *una versión personalísima de la dama recatada. A* ROSEMARY *la irrita la pantomima.)* ¡Basta!

HOWARD.—Pues juraría que lo estábamos haciendo muy bien. (ROSEMARY *se apodera de* HOWARD *y le hace subir al porche.)* HAL.—Ven a bailar conmigo, Millie.

MILLIE.—Bueno..., pero nunca he bailado con chicos. Y siempre he llevado a mi pareja.

HAL.—No tienes más que relajar los músculos y seguir los pasos que yo dé. Ven a probar. *(Bailan los dos, pero* MILLIE *es presa de un paralizador sentimiento de inseguridad que se refleja en su manera de bailar.* HOWARD, *danzando con* ROSEMARY, *se divierte como puede.)* ROSEMARY.—Deja de hacer el payaso, Howard, y baila conmigo.

HOWARD.—Cariño, a ti no te divierte bailar "conmigo".

ROSEMARY.—La orquesta está tocando. Hay que bailar con alguien, ¿no? *(Los dos reanudan un inseguro balanceo.)* MILLIE.—*(A* HAL.) Lo hago muy mal, ¿verdad?

HAL.—¡Nada de eso! Solamente necesitas practicar un poco.

ROSEMARY.—*(Bailando.)* ¡Señor, cómo me gusta bailar! En la escuela, los chicos me llamaban la "Loca de la Danza". Casi todas las noches iba al baile.

SEÑORA POTTS.—*(Sale de la cocina y se sienta a mirar a los bailarines. También se asoman* flO *y* ALAN, *que se quedan en el umbral, observando la escena.)* ¡Yo no puedo permanecer en la cocina habiendo baile!

HAL.—*(Interrumpe la danza para dar las oportunas instrucciones.)* Ahora fíjate bien, pequeña: tienes que recordar que yo soy el hombre y tú tienes que seguir los pasos que yo dé.

MILLIE.—-En cuanto me descuido, estoy dando mis propios pasos.

HAL.—El hombre es el que tiene que llevar a su pareja, pequeña, siempre que pueda, claro. *(Reanudan el baile.)* SEÑORA POTTS.—¡Lo estás haciendo muy bien, Millie!

MILLIE.—*(Transportada en volandas.)* ¡Me siento una Rita Hayworth! (flO *y* ALAN *vuelven a entrar en casa.)* ROSEMARY.—*(Reviviendo sus días juveniles, como en un sueño.)* Una noche fui a un gran baile. Era el día de San Valentín. ¡Bailé tanto, que me desmayé! Fue entonces cuando empezaron a llamarme la "Loca de la Danza".

HAL.—*(Interrumpe la danza un momento.)* Voy a enseñarte un paso nuevo, pequeña. Verás. *(Ejecuta hábilmente un paso más complicado.)* SEÑORA POTTS.—¡Qué gracia posee!

MILLIE.—¡Caramba! Eso parece muy difícil.

HAL.—Requiere cierto tiempo, desde luego. ¡Pruébalo! (MILLIE *trata de reproducirlo, pero es demasiado difícil para ella.)* MILLIE.—*(Renunciando.)* Lo siento. No doy con ello.

HAL.—Fíjate bien, pequeña. Si aprendes este paso, serás la campeona de la ciudad. ¿Ves? (HAL *prosigue su demostración.)* MILLIE.

—*(Observando, pero desalentada.)* Sí..., pero...

HAL.—Con soltura, ¿ves? Un poco de aquí... y otro poco de allí. (HAL *hace chasquear los dedos, en ágil y sensible respuesta al ritmo.)* MILLIE.—¡Cómo me gustaría hacer eso! *(La música adquiere un ritmo más lento y sensual.* HAL *y* MILLIE *dejan de bailar y escuchan.)* ROSEMARY.—*(Que ha estado contemplando a* HAL *con envidia.)* ¡Así se baila, Howard! ¡Así se baila! (HAL *empieza a bailar al compás de este ritmo más lento, mientras* MILLIE *se esfuerza por seguirle. Aparece madge en la puerta principal, con el vestido nuevo. Aunque el vestido tiene demasiados ringorrangos para ir de excursión,* MADGE *está arrebatadora. Permanece inmóvil, contemplando a* HAL *y* MILLIE.) HOWARD.—*(Apartándose de* ROSEMARY.) ¡Qué linda estás, Madge!

MADGE.—Gracias, Howard.

HOWARD.—¿Quieres bailar un poco? (MADGE *acepta la invitación y se ponen a bailar en el porche.* ROSEMARY *está bailando sola, en el fondo, y no los ve.)* SEÑORA POTTS.—*(Viendo bailar a* MADGE *y* HOWARD.) ¡Más bailarines! ¡El jardín se ha convertido en un salón de baile!

ROSEMARY.—*(Arrancando a* HOWARD *de brazos de* MADGE.) Creí que no sabías bailar... (MADGE *baja al jardín y observa a* HAL *y* MILLIE.) SEÑORA POTTS.—*(A* MADGE.) El joven está enseñando a Millie un paso nuevo.

MADGE.—¡Qué curioso! Yo he estado tratando de enseñárselo a Alan. *(Ejecuta el paso y lo hace con la misma perfección que* HAL.) SEÑORA POTTS.—¡Mirad, mirad! ¡Madge también sabe hacerlo!

HAL.—*(Se vuelve y ve bailar a* MADGE.) ¡Eh! (*A cierta distancia uno del otro, haciendo chasquear los dedos al ritmo de la música, los cuerpos de* HAL *y* MADGE *responden a la cadencia sin tocarse. Luego, se acercan lentamente, bailando, y* HAL *la toma en sus brazos. La danza tiene algo de rito primitivo, destinado a unir a los dos jóvenes. Los demás contemplan la escena con silenciosa solemnidad.)* SEÑORA POTTS.—*(Finalmente.)* Parecen hechos para bailar juntos, ¿verdad? *(Estas palabras rompen el encanto.* MILLIE *se dirige a los escalones de la casa de la* SEÑORA POTTS *y se sienta apaciblemente en el fondo de la escena, examinando la botella de "whisky".)* ROSEMARY.—*(A* HOWARD, *con impaciencia.)* ¿Es que no sabes bailar así?

HOWARD.—Mira, cariño: yo soy comerciante.

ROSEMARY.—*(Baila sola, dando zapatetas en el aire.* MILLIE *bebe,*

de cuando en cuando, en la botella de "whisky" durante toda la escena siguiente, sin que los otros se den cuenta.) ¡Una noche bailé tanto, que me desmayé! ¡En mitad de la sala de baile!

HOWARD.—*(Atisbando, divertido.)* ¡Vaya, no están mal las piernas de Rosemary!

ROSEMARY.—*(Estalla en carcajadas al oír este comentario.)* ¡Eso es lo que os pasa a los hombres! ¡No sabéis hablar más que de las piernas de las mujeres!

HOWARD.—*(Un tanto amostazado por la falsa interpretación que se ha dado a sus palabras.)* Me he limitado a observar que están bien formadas.

ROSEMARY.—*(Riendo a carcajadas.)* ¿Qué te parecería si las mujeres estuviésemos hablando continuamente de vuestras piernas?

HOWARD.—*(Dispuesto a mostrarse a la altura de las circunstancias, se levanta los pantalones hasta las rodillas.)* ¡Perfectamente! Ahí tienes mis piernas si quieres hablar de ellas.

ROSEMARY.—*(Se desternilla de risa.)* En mi vida he visto cosa tan fea. ¡Las peludas piernas de los hombres! *(Se acerca a* HAL *y, con ademán posesivo, se lo arrebata a* MADGE.) Joven, veamos sus piernas.

HAL.—*(Totalmente desconcertado.)* ¿Cómo?

ROSEMARY.—Esta noche hemos aprobado una nueva ley. Todos los hombres que se encuentran aquí tienen que enseñarnos las piernas.

HAL.—Señora, yo tengo botas.

HOWARD.—Deja en paz a ese joven, Rosemary. Está bailando con Madge.

ROSEMARY.—Pues ahora le toca bailar conmigo. *(A hal.)* Puede que sea una maestra solterona, pero puedo llevarle el paso. ¡Aupa, "cowboy"! *(Un tanto embriagada, estimulada por la prestancia física de* HAL, ROSEMARY *prescinde de todo convencionalismo y abraza estrechamente al joven, pegando su mejilla a la de él e incrustando las caderas en el cuerpo de su raptada pareja. Se percibe claramente que* HAL *está lleno de confusión y repugnancia.)* HAL.—*(Buscando una objeción.)* Señora, yo...

ROSEMARY.—Tuve un novio "cowboy". Le conocí en Colorado, cuando fui allí para reponerme de un ataque de gripe. Estaba enamorado de mí, porque yo era una mujer madura y tenía sentido común. Una noche me llevó a las montañas y me hizo el amor. Quería casarse conmigo allí mismo, en lo alto de las montañas. Dijo que Dios sería nuestro pastor y la luna nuestra madrina. ¿Ha oído nunca semejante cosa?

HAL.—*(Tratando de zafarse.)* Señora, me gustaría echar otro traguito ahora.

ROSEMARY.—*(Estrechándole con más fuerza.)* Baile conmigo, joven. Baile conmigo. Puedo ser su pareja perfectamente. ¿Sabe una cosa? Me recuerda usted a una de esas estatuas de la antigüedad. Hasta el año pasado hubo una en la biblioteca de la escuela. Era un gladiador romano. Todo lo que tenía encima era un escudo. *(Suelta una lasciva risotada.)* Un escudo en el brazo. Eso era todo lo que tenía encima. Todas las muchachas nos sentíamos ofendidas teniendo que pasar junto a aquella estatua cada vez que íbamos a la biblioteca. Elevamos una petición y obligamos al director a hacer algo. *(Ríe hilarantemente durante la narración.)* ¿Sabe lo que hizo? Encargó al conserje de la escuela que lo arreglase, y este cogió un cincel y adecentó a la estatua. *(Otra lasciva risotada.)* ¡Señor, qué depravados eran esos antiguos!

HAL.—*(Raras veces se ha sentido tan incómodo.)* Señora, me parece que ya no tengo ganas de bailar.

ROSEMARY.—*(Serenándose después de relatar esta historia, retiene a* HAL, *agarrándole de la camisa.)* ¿Adonde va?

HAL.—Señora...

ROSEMARY.—*(Ordenándole implorantemente.)* Baile conmigo, joven. Baile conmigo.

HAL.—Yo..., yo... *(Se desprende violentamente de los brazos de* ROSEMARY; *pero la mano de esta, todavía aferrada a su camisa, arranca una tira de la camisa al separarse de ella el joven.* HOWARD *interviene.)*
HOWARD.—Rosemary, él quiere bailar con Madge. Déjalos en paz. Son jóvenes.

ROSEMARY.—*(Con voz sepulcral.)* ¿Jóvenes? ¿Qué quieres decir con eso de que son "jóvenes"?

MILLIE.—*(Emitiendo un débil gemido desde el fondo de la escena.)*

¡Oh, qué mal me siento!

SEÑORA POTTS.—¡Millie!

MILLIE.—Quiero morirme. *(Todos los ojos se han vuelto ahora hacia* MILLIE, *mientras la muchacha corre a la puerta de la cocina.)* MADGE.—¡Millie!

HOWARD.—¿Qué ha hecho la pollita? ¿Emborracharse?

HAL.—Serenidad, pequeña.

ROSEMARY.—*(Tiene problemas propios. Anda por la escena tanteando ciegamente, torturada por la terrible humillación sufrida.)* Supongo que eso es maravilloso..., ser joven.

MADGE.—*(Yendo hacia* MILLIE.) Entremos, Millie.

MILLIE.—*(Revolviéndose contra su hermana, hecha un basilisco.)* ¡Te odio!

MADGE.—*(Ofendida.)* ¡Millie!

MILLIE.—*(Sollozando.)* Madge es la guapa..., Madge es la guapa. (MILLIE *se precipita hacia la puerta de la cocina, seguida de la* SEÑORA POTTS.) MADGE.—*(Aparte.)* ¿Por qué habrá hecho eso?

HOWARD.—*{Examinando la botella.)* Ha debido de echarse unos buenos tragos.

ROSEMARY.—*(Indicando a* HAL *con el dedo. Ha encontrado pretexto para vengarse.)* Toda la culpa es suya, Howard.

HOWARD.—Mira, cariño...

ROSEMARY.—*(A* HAL, *acusadora y desafiante.)* Millie era su pareja. Usted tenía que haber cuidado de ella. Pero estaba demasiado ocupado haciendo carantoñas a Madge.

HOWARD.—Cariño...

ROSEMARY.—Y tú no eres mejor que él, Madge. Debería darte vergüenza.

flO.—*(Saliendo furiosa al porche.)* ¿Quién le ha dado "whisky" a mi Millie?

ROSEMARY.—*(Indicando fanáticamente a* HAL.) ¡El, señora Owens! ¡Toda la culpa es suya! (flO *lanza a* HAL *una mirada de feroz indignación.)* HOWARD.—*(Tratando de enderezar las cosas.)* Señora Owens, lo ocurrido ha sido lo siguiente...

flO.—¡Mi Millie es demasiado joven para beber "whisky"!

ROSEMARY.—¡Oh! La ha hecho beber "whisky"; se habría divertido después con ella y luego habría puesto pies en polvorosa...

HOWARD.—*(Intentando hacerlas entrar en razón.)* Vamos a ver. Escuchen todos. Veamos...

ROSEMARY.—¡Yo sé lo que hago, Howard! Y no necesito tus consejos para nada. *(A* HAL.) Ha estado yendo y viniendo por aquí con esas botazas como si todo esto fuese suyo, creyendo que todas las mujeres que viese iban a enamorarse locamente de usted. Pero aquí hay una mujer que no le ha prestado la menor atención.

HOWARD.—¡El muchacho no ha hecho nada, señora Owens!

ROSEMARY.—*(Enfrentándose con* HAL, *acercándose más y más a él a medida que va lanzándole sus acusaciones.)* ¡Conque millonario aristocrático!, ¿eh? Usted no reconocería a un millonario aristocrático aunque le escupiese en la cara. Presumiendo de padre..., y apostaría cualquier cosa a que no fue mejor que usted... (HAL *está como paralizado.* HOWARD *sigue intentando razonar con* flO.) HOWARD.—Ninguno de nosotros vimos a Millie beberse el "whisky".

ROSEMARY.—*(Muy cerca de* HAL.) Usted cree que por el solo hecho de ser hombre puede llegar aquí y llevarse lo que le guste. Usted cree que por el simple hecho de ser joven puede apartar violentamente a los demás sin la menor consideración. Usted cree que solamente porque es fuerte puede mostrarnos sus músculos y nadie se percatará del lastimoso espécimen que es usted. Pero no será joven eternamente. ¿Ha pensado alguna vez en eso? ¿Qué será entonces de usted? Terminará sus días en el arroyo, y le estará bien empleado, porque es del arroyo de donde viene y al arroyo pertenece. *(Ha pegado su rostro al de* HAL, *y le está literalmente escupiendo las últimas palabras antes que* HOWARD, *al fin, se apodere de ella, casi como para protegerla de sí misma y, sujetándole los brazos, se la lleve de allí.)* HOWARD.—Rosemary, cierra esa condenada boca. (HAL *se retira al extremo más lejano del porche, sin que nadie se fije ahora en él, permaneciendo en el misterio su reacción ante el ataque.)* SEÑORA POTTS.—*(Saliendo de la cocina.)* Millie estará completamente bien dentro de un ratito, Fio.

Alan le ha sostenido la cabeza y le ha hecho vomitar. Así es que en seguida estará perfectamente.

FLO.—*(Dirigiéndose a todos, con claridad y firmeza.)* Tengan todos bien entendido que en esta excursión no se beberá una sola gota más.

HOWARD.—Ha sido culpa mía, señora Owens. Toda la culpa ha sido mía. (ALAN *sale al porche, acompañando a una* MILLIE *completamente serena.)* SEÑORA POTTS.—Ya tenemos aquí a Millie, completamente nueva. Y ahora vamonos todos de excursión y a olvidar lo ocurrido.

ALAN.—*(Apresurándose a acusar a* HAL.) ¿Qué ha sucedido, Hal? (HAL *no responde.)* FLO.—*(A* ALAN.) Millie irá con "nosotros", Alan.

ALAN.—Desde luego, señora Owens. ¡Hal, ya te dije que no bebieras! (HAL *continúa callado.)* FLO.—Madge, ¿por qué te has puesto el vestido nuevo?

MADGE.—*(Como si ella misma se sorprendiese.)* No sé. Me lo he puesto, sencillamente.

FLO.—Ve a cambiarte en seguida. ¿Lo oyes? Luego irás con Rosemary y Howard. (MADGE *entra corriendo en la casa.)* SEÑORA POTTS.—Apresurémonos. Todas las mesas estarán ocupadas.

ALAN.—Señora Bevans, diga a Madge que la veré allí. Hal, las cestas están en el Ford. En marcha. (HAL *no se mueve.* ALAN *sale precipitadamente.)* FLO.—Millie, querida, ¿te encuentras mejor? (FLO *y* MILLIE *hacen mutis por el paseo, a la derecha.)* SEÑORA POTTS.—*(A* HAL.) Joven, usted puede seguirnos para no extraviarse. *(La* SEÑORA POTTS *sale en pos de los otros. Se oye partir al Cadillac.* HAL *permanece sentado en el extremo del porche, silencioso y abatido.* HOWARD *y* ROSEMARY *están en el jardín, junto a la casa de la* SEÑORA POTTS.) HOWARD.—No es más que un muchacho, Rosemary. Has dicho cosas terribles.

ROSEMARY.—¿Por qué lo habré hecho, Howard? ¿Qué me habrá impulsado a obrar así?

HOWARD.—No olvides que los hombres también tienen sentimientos..., lo mismo que las mujeres. *(A* HAL.) No la haga caso, joven. No cree nada de lo que ha dicho.

ROSEMARY.—*(Ha llegado hasta la puerta del jardín.)* No tengo ganas de ir a esa excursión, Howard. Esta es mi última noche de vacaciones y quiero pasarlo bien.

HOWARD.—Daremos un paseo en el coche, cariño.

ROSEMARY.—¡Quiero llegar hasta donde se pone el sol, Howard! ¡Hasta donde se pone el sol! *(Corre hacia el coche, seguida de* HOWARD. *Ambos parten en el vehículo.* HAL *sigue sentado en el porche, derrotado. No tarda en salir* MADGE *con otro vestido. Entra en escena silenciosamente y* HAL *no da muestras de haber advertido su presencia. La joven se sienta en un banco, en el porche, y, finalmente, habla con voz dulce.)* MADGE.—Baila usted maravillosamente...

HAL.—*(Con voz apenas audible.)* Gracias.

MADGE.—...Y yo puedo decir muchas cosas de un muchacho después de haber bailado con él. Algunos chicos, aunque sean muy inteligentes o tengan mucho éxito en otros aspectos de la vida, cuando toman a una chica en sus brazos para bailar, lo hacen con una especie de desagradable torpeza, y una no se siente a gusto.

HAL.—*(Sigue sin levantar la cabeza, con el rostro entre las manos.)* Ya.

MADGE.—Pero... cuando usted me tomó en sus brazos para bailar... experimenté una gran confianza y percibí que usted sabía lo que hacía. Y así pude seguir fácilmente sus pasos.

HAL.—Mire, jovencita: en este momento estoy de muy mal humor. *(Se levanta bruscamente y se aparta de ella, con las manos hundidas en los bolsillos. No se encuentra a gusto a su lado, pues está temblando de ira por el insulto recibido.)* MADGE.—No debe hacer caso de la señorita Sydney. (HAL *guarda silencio.)* Mujeres así me hacen odiar a todo el sexo femenino.

HAL.—Escuche, jovencita: ¿por qué no deja eso?

MADGE.—*(Comprendiendo la intensidad de sus sentimientos.)* ¿Qué le pasa?

HAL.—*(Abandona su hermetismo y empieza a temblar, con el pecho agitado por los esfuerzos que realiza para no gritar.)* ¿Y qué importa, jovencita? Soy un vagabundo. Esa mujer me ha visto como si fuese un aparato de rayos X. No hay sitio en el mundo para un tipo como yo.

MADGE.—Tiene que haberlo.

HAL.—*(Mofándose de sí mismo.)* ¿Sí?

MADGE.—Naturalmente. Es usted joven y... muy simpático. Me refiero a que dice cosas muy entretenidas e ingeniosas. Yo lo he pasado muy bien escuchándole. Y es usted fuerte, y además... bien parecido. Apostaría algo a que la señorita Sydney opina lo mismo, porque, de lo contrario, no habría dicho esas cosas.

HAL.—Escuche, jovencita: voy a sincerarme con usted. Cuando tenía catorce años pasé un año en un reformatorio. ¿Qué le parece eso?

MADGE.—¿De verdad?

HAL.—¡Pues claro!

MADGE.—¿Por qué fue?

HAL.—Porque robé una motocicleta. ¡Sí! La robé. La robé porque deseaba montar en aquel maldito trasto para irme muy de prisa y muy lejos, a donde nadie pudiera alcanzarme.

MADGE.—Creo que... casi todos los muchachos sienten alguna vez ese deseo.

HAL.—Entonces mi vieja acudió a las autoridades. *(Imita a su "vieja".)* "He hecho todo lo que he podido con él. Yo no puedo hacer más." Y fui a parar al maldito reformatorio.

MADGE.—*(Con simpatía.)* ¡Oh!

HAL.—Finalmente, me sacó de allí una liga de asistencia social, y la vieja se llevó un disgusto al verme. ¡Sí! Tenía un nuevo amigo y yo les estorbaba.

MADGE.—Es horrible cuando los padres no se entienden.

HAL.—Nunca le he contado esto a nadie, ni siquiera a Seymour...

MADGE.—*(Impotente.)* Yo... ojalá pudiera decir... o hacer algo.

HAL.—Bueno...; esa es la historia de Hal Carter, pero nadie ha hecho todavía una película de ella.

MADGE.—*(Aparte.)* La mayoría de la gente se escandalizaría.

HAL.—*(La contempla un momento y luego se aparta cínicamente.)* Ya lo sabe, jovencita. Si desea desmayarse... o vomitar... o meterse en casa y cerrar las puertas con llave..., ¡adelante! Yo no la detengo. *(Hay un silencio. Luego* MADGE, *súbita e impulsivamente, toma entre sus manos el rostro de* HAL *y le besa. Hecho esto, deja caer las manos en su regazo, llena de confusión.* HAL *la mira asombrado.)* ¡Niña! ¿Qué haces?

MADGE.—Yo... estoy orgullosa de que me lo hayas contado.

HAL.—*(Con humilde apreciación.)* Niña...

MADGE.—Yo... estoy tan cansada de que me llamen continuamente bonita...

HAL.—*(Estrechándola acariciadoramente contra su pecho.)* Nena, nena, nena.

MADGE.—*(Resistiéndose, se pone en pie de un salto.)* No. Tenemos que irnos. Todas las cestas están en el coche, y los otros nos estarán esperando. (HAL *se levanta y se acerca lentamente a ella. Los dos se miran a los ojos, y* MADGE *se estremece de excitación cuando él empieza a acercarse.)* De verdad..., tenemos que irnos. (HAL *la toma en sus brazos y la besa apasionadamente.* MADGE *pronuncia su nombre con acento de resignación.)* ¡Hal!

HAL.—No digas nada, nena.

MADGE.—Realmente..., tenemos que irnos. Estarán esperándonos.

HAL.—*(Levantándola en brazos e iniciando el mutis, dice con voz firme y profunda:)* Nosotros no vamos a esa condenada excursión.

TELÓN

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Es después de medianoche. En un cielo intensa y sombríamente azul brilla una luna llena, grande e hinchada, que arroja una pálida luz sobre la escena.

No tarda en oírse el Chevrolet de HOWARD, *que se detiene junto a la casa, en medio de repetidas explosiones del motor. Entran* HOWARD *y* ROSEMARY, *esta en primer lugar. Con aspecto fatigado y deprimido, se dirige vacilante a los escalones de la puerta y allí se deja caer, desmadejada. Parece sumamente preocupada, y sus respuestas a* HOWARD *son meros gruñidos.*

HOWARD.—Ya estamos aquí, cariño. De vuelta al punto de partida.

ROSEMARY.—*(Con el pensamiento en otra parte.)* ¿Eh?

HOWARD.—Has sido muy gentil conmigo esta noche, Rosemary.

ROSEMARY.—¿Eh?

HOWARD.—¿Crees que la señora Owens sospechará algo?

ROSEMARY.—Me tiene sin cuidado eso.

HOWARD.—Un comerciante ha de tener cuidado con las habladurías. Y, después de todo, tú eres maestra. *(Titubeando, busca la manera de marcharse.)* Bueno, conviene que regrese ya a Cherryvale. Tengo que abrir la tienda por la mañana. Buenas noches, Rosemary.

ROSEMARY.—¿Eh?

HOWARD.—*(Rozando la mejilla de ella con los labios.)* Buenas noches. Aunque ya debería decir buenos días. *(Inicia el mutis.)* ROSEMARY.—*(Despertando de su ensimismamiento.)* ¿Adonde vas, Howard?

HOWARD.—Cariño, tengo que volver a casa.

ROSEMARY.—No puedes irte sin mí.

HOWARD.—No digas tonterías, cariño.

ROSEMARY.—No puedes marcharte sin mí. No; después de lo ocurrido esta noche. Eso no es ninguna tontería.

HOWARD.—*(Un poco nervioso.)* Cariño, sé razonable.

ROSEMARY.—Llévame contigo.

HOWARD.—¿Qué diría la gente?

ROSEMARY.—*(Casi corrosivamente.)* ¡Al diablo con lo que diga la gente!

HOWARD.—*(Escandalizado.)* ¡Cariño!

ROSEMARY.—¿Qué diría la gente si yo le sacase la lengua? ¿Qué diría la gente si yo fuese por la calle enseñando mis bragas color de rosa? ¿Qué me importa a mí lo que diga la gente?

HOWARD.—Cariño, esta noche no eres la misma.

ROSEMARY.—Sí que lo soy. Esta noche soy yo misma, más que nunca. Llévame contigo, Howard. De lo contrario, no sé qué haré conmigo. Lo digo en serio.

HOWARD.—Vamos, cariño, sube a tu cuarto y procura dormir un poco. Tienes que ir a la escuela por la mañana. Discutiremos todo esto el sábado.

ROSEMARY.—Tal vez no vuelvas el sábado. Tal vez no vuelvas nunca más.

HOWARD.—Rosemary, sabes que eso no es cierto.

ROSEMARY.—¿Y qué sería entonces lo primero que me reservaría el Destino? ¿Mostrarme gentil con otro hombre, y luego con otro..., hasta que ya no quede nadie a quien le importe que me muestre gentil o no? ¿Hasta que esté lista para descender a la tumba y no haya nadie que me lleve allí?

HOWARD.—*(Intentando consolarla.)* ¡Vamos, Rosemary!

ROSEMARY.—No puedes permitir que me suceda eso, Howard. No te dejaré que lo permitas.

HOWARD.—No te entiendo. Cuando empezamos a salir juntos eras la chica más distraída que he conocido, siempre con la risa en los labios.

ROSEMARY.—*(Con voz sepulcral.)* Ya no puedo reír más.

HOWARD.—Lo discutiremos el sábado.

ROSEMARY.—Lo discutiremos "ahora mismo".

HOWARD.—*(Retorciéndose.)* Bueno, cariño, yo...

ROSEMARY.—Dijiste que te casarías conmigo, Howard. Dijiste que, cuando regresase de las vacaciones, me estarías esperando con el cura.

HOWARD.—Cariño, he estado muy atareado todo el verano, y...

ROSEMARY.—¿Dónde está el cura, Howard? ¿Dónde?

HOWARD.—*(Apartándose de ella.)* Mira, cariño: tengo cuarenta y dos años. Una persona adquiere ciertos hábitos de existencia, y cuando quiere darse cuenta es demasiado tarde para alterarlos.

ROSEMARY.—*(Le retiene, sujetándole del brazo.)* Ven aquí, Howard. Yo tampoco soy una pollita. Quizá tenga algún año más de los que crees. Yo también he formado mis hábitos. Pero los puedo alterar. Pueden alterarse. No es bueno vivir así, en habitaciones alquiladas, reuniéndose todas las noches a cenar con un puñado de solteronas, para volver luego sola a casa.

HOWARD.—Yo también sé lo que es eso, Rosemary. Mi vida no es tampoco un lecho de rosas.

ROSEMARY.—Entonces, ¿por qué no haces nada para remediarlo?

HOWARD.—Supongo que en toda existencia ha de haber algunas cosas malas.

ROSEMARY.—En la mía hay demasiadas. Todos los años me digo que ese será el último, que algo sucederá. Y nunca sucede nada..., excepto que cada vez me vuelvo un poco más loca.

HOWARD.—*(Desesperanzado.)* Y bien...

ROSEMARY.—Un pozo es un agujero en el suelo, Howard. Ten

cuidado, no vayas a caerte en él.

HOWARD.—No pretendía hacer un chiste.

ROSEMARY.—...Y todo este tiempo has estado entreteniéndome.

HOWARD.—Yo no te he estado entreteniendo.

ROSEMARY.—Me gustaría saber cómo llamas tú a eso.

HOWARD.—Bueno..., ¿no podemos hablar de ello el sábado? Estoy muy cansado y me espera una semana muy ajetreada. Yo...

ROSEMARY.—*(Le coge del brazo y le mira fijamente a los ojos.)* Tienes que casarte conmigo, Howard.

HOWARD.—*(Atormentado.)* Bueno..., cariño; "ahora" no puedo casarme contigo.

ROSEMARY.—Puedes venir a buscarme por la mañana.

HOWARD.—A veces eres muy poco razonable.

ROSEMARY.—Tienes que casarte conmigo.

HOWARD.—¿Qué harás con tu colocación?

ROSEMARY.—Alvah Jackson puede ocupar mi puesto hasta que encuentren una sustituía por medio de la agencia.

HOWARD.—Tendría que pagar a Fred Jenkins para que cuidase de la tienda durante unos días.

ROSEMARY.—Pues hazlo.

HOWARD.—Es que...

ROSEMARY.—Estaré esperándote por la mañana, Ho-ward.

HOWARD.—*(Tras unos momentos de turbada meditación.)* No.

ROSEMARY.—*(Lanzando un grito ahogado.)* ¡Howard!

HOWARD.—No me casaré con una mujer que dice: "Tienes que casarte conmigo, Howard." No, no me casaré. *(Guarda silencio.* ROSEMARY *vierte patéticas lágrimas. Poco a poco,* HOWARD *reconsidera*

la cuestión.) Si una mujer quiere que me case con ella..., lo menos que puede decir es "por favor".

ROSEMARY.—*(Derrotada, humildemente.)* Cásate conmigo, Howard, por favor...

HOWARD.—Bueno..., tienes que darme tiempo para pensarlo.

ROSEMARY.—*(Desesperada.)* ¡Oh Dios mío! Por favor, Howard, cásate conmigo. Por favor... *(Cae de rodillas.)* Por favor..., por favor...

HOWARD.—*(Turbado por tan doliente humildad.)* Rosemary..., yo... he de disponer de algún tiempo para pensarlo. Ahora vete a la cama a descansar. Vendré por la mañana, y tal vez podamos hablar de ello antes que te vayas a la escuela. Yo...

ROSEMARY.—¿No estarás simplemente tratando de zafarte de mí, Howard?

HOWARD.—Vendré por la mañana, cariño.

ROSEMARY.—¿Palabra?

HOWARD.—Palabra. De todos modos, tengo que ir al tribunal a resolver un asunto. Lo discutiremos entonces.

ROSEMARY.—¡Oh Dios mío! Por favor, cásate conmigo, Howard. Por favor.

HOWARD.—*(Tratando de marcharse.)* Vete a la cama, cariño. Te veré por la mañana.

ROSEMARY.—¡Por favor, Howard!

HOWARD.—Te veré por la mañana. Buenas noches, Rosemary. *(Inicia el mutis.)* ROSEMARY.—*(Con voz humilde.)* ¡Por favor!

HOWARD.—Buenas noches, Rosemary.

ROSEMARY.—*(Después que ha salido* HOWARD.) Por favor... *(Queda* ROSEMARY *sola en los escalones. Se oye ponerse en marcha el motor del coche de* HOWARD *y arrancar después al vehículo, que se aleja entre intermitentes explosiones del motor.* ROSEMARY *se ha quedado sin energías. Realiza un supremo esfuerzo y entra en la casa. La escena permanece desierta unos momentos. Entra* MADGE *corriendo, por la derecha, con el rostro oculto entre las manos, sollozando.* HAL *la sigue de cerca. La alcanza en el momento en que* MADGE *llega a la puerta, y la*

sujeta por la muñeca. Ella se le resiste, furiosa.) HAL.—Nena..., no lo sientes, ¿verdad? *(Silencio.* MADGE *solloza.)* MADGE.—Déjame.

HAL.—Por favor, nena. Si pensase que por mi culpa eres desdichada, yo... preferiría morir.

MADGE.—Estoy..., estoy tan avergonzada.

HAL.—No digas eso, vida.

MADGE.—Ni siquiera sabía lo que estaba sucediendo, y entonces..., repentinamente, me pareció que toda mi existencia había cambiado.

HAL.—*(Con amargo desprecio de sí mismo.)* Deberían colgarme. Soy un miserable vagabundo. Esa maestra tenía razón. Mi puesto es el arroyo.

MADGE.—No hables de ese modo.

HAL.—En ocasiones como esta me odio con toda mi alma.

MADGE.—Supongo que..., que no tienes más culpa que yo.

HAL.—Algunas veces hago cosas muy impulsivas. (MADGE *hace intención de entrar en la casa.)* ¿Te veré mañana?

MADGE.—No sé.

HAL.—¡Caramba! Casi se me olvidaba. Mañana tengo que empezar a trabajar en mi nuevo empleo.

MADGE.—Yo tengo que estar en la tienda a las nueve.

HAL.—¿A qué hora terminas?

MADGE.—A las cinco.

HAL.—Podría verte entonces. ¿Qué te parece? Podría venir a buscarte y...

MADGE.—Tengo una cita con Alan..., si todavía quiere hablar conmigo.

HAL.—*(Traspasado por un nuevo dolor.)* ¡Caray! Había olvidado a Seymour por completo.

MADGE.—Y yo también.

HAL.—No puedo volver a su casa, naturalmente. ¿Qué haré?

MADGE.—Tal vez la señora Potts podría...

HAL.—Llevaré el coche a donde hemos estado y me echaré a dormir un poco en el asiento delantero. *(Recapacita un momento.)* Cariño, ¿cómo vas a arreglarte con tu vieja?

MADGE.—*(Con ligero trémolo en la voz.)* Pues... no lo sé.

HAL.—*(Nuevamente sobrecogido.)* Deberían fusilarme al salir el sol.

MADGE.—Ya..., ya pensaré algo.

HAL.—*(Cohibido.)* Bueno..., buenas noches.

MADGE.—Buenas noches. *(Inicia nuevamente el mutis.)* HAL.—Cariño..., ¿querrías darme un beso de despedida?... Solo una vez.

MADGE.—Creo que es preferible que no.

HAL.—¡Te lo suplico!

MADGE.—Solo serviría para empezar otra vez lo que prefiero olvidar.

HAL.—¡Por favor, nena!

MADGE.—¿Prometes no sujetarme?

HAL.—Tendré las manos pegadas al cuerpo. ¡Lo juro!

MADGE.—Está bien *(Se acerca lentamente a él, le toma el rostro entre las manos y le besa. El beso se prolonga. Las manos de* HAL *empiezan a moverse nerviosamente, hasta que, por último, enlazan a la joven. Su mutua pasión se reaviva. Luego* MADGE *lanza un grito ahogado, se desprende de los brazos de* HAL *y corre hacia la casa sollozando.)* No, no. Lo prometiste. No quiero verte más. Antes prefiero morir. *(Atraviesa corriendo la puerta principal, dejando a* HAL *presa de profundo desprecio a sí mismo. Se golpea los puños uno contra otro, patea el suelo con los tacones de sus botas y se marcha, maldiciendo la hora en que vino al mundo.)*

ESCENA SEGUNDA

A la mañana siguiente, muy temprano. MILLIE *está sentada en el escalón de la puerta, fumándose un cigarrillo. Lleva un vestido lavable nuevo, en honor al primer día de clase*. flO *aparece impetuosamente por la puerta principal. Es una mujer frenética*. MILLIE *oculta rápidamente el cigarrillo.* flO *no ha tenido ni tiempo para vestirse. Sobre el camisón lleva una vieja bata. Se dirige a* MILLIE.

flO.—¿Estabas despierta cuando vino Madge?

MILLIE.—No.

flO.—¿Te ha dicho algo esta mañana?

MILLIE.—No.

flO.—¡Santo Dios! Anoche no pude sacarle dos palabras: tal era su llanto. Ahora se ha encerrado con llave en su habitación.

MILLIE.—Apuesto a que sé lo que pasó.

flO.—*(Tajantemente.)* Tú no sabes nada, Millie Owens. Y si alguien te dice algo, tú... *(Olfatea el aire.)* ¿Has estado fumando?

SEÑORA POTTS.—*(Descendiendo los escalones de la puerta trasera de su casa.)* ¿Le ha dicho Madge lo que pasó?

flO.—La próxima vez que admita en su casa a un vagabundo, Helen Potts, le agradeceré que no le permita traspasar los límites de su parte de jardín.

SEÑORA POTTS.—¿Está Madge bien?

flO.—Naturalmente que está bien. Abandonó el coche y dejó solo a ese pordiosero. Eso fue lo que hizo.

SEÑORA POTTS.—¿Ha sabido algo de Alan?

flO.—Dijo que vendría esta mañana.

SEÑORA POTTS.—¿Dónde está el joven?

flO.—¡Yo sé dónde debería estar! ¡Debería estar en la cárcel! ¡Y allí irá a parar si vuelve a aparecer por aquí!

ROSEMARY.—*(Asomando la cabeza por la puerta principal.)* ¿Ha visto alguien a Howard?

flO.—*(Sorprendida.)* ¿Howard? No, no, Rosemary.

ROSEMARY.—*(Nerviosa e insegura.)* Dijo que a lo mejor venía esta mañana. Señora Owens, estoy guardando en el ático mi ropa de verano. ¿Podría venir alguien a ayudarme?

flO.—Estamos muy ocupadas, Rosemary.

SEÑORA POTTS.—Yo la ayudaré, Rosemary. *(Mira a* flO ; *luego sube al porche.)* ROSEMARY.—Gracias, señora Potts. *(Desaparece en la casa.)* flO.—*(A la* SEÑORA POTTS.) Ha estado toda la mañana corriendo de un lado para otro y sacando la cabeza como un polluelo. Algo ocurre. *(La* SEÑORA POTTS *entra en la casa.* flO *se vuelve a* MILLIE.) Avísame cuando llegue Alan. (flO *entra también en la casa. Se oyen las matinales voces de* IRMA *y* CHRISTINE, *que vienen a buscar a* ROSEMARY.) IRMA.—Espero que Rosemary estará preparada. He prometido al director estar allí temprano para ayudar en la matrícula.

CHRISTINE.—¿Qué tal estoy, Irma?

IRMA.—Es un vestido muy mono. Deja que te lo arregle un poco en la espalda. (IRMA *le ajusta la espalda del vestido, mientras* CHRISTINE *espera pacientemente.)* CHRISTINE.—Opino que una maestra debe presentarse bien vestida el primer día de clase, para dar a los estudiantes una impresión favorable desde el primer momento.

IRMA.—*(Subiendo al porche.)* ¡Buenos días, Millie!

MILLIE.—Hola.

IRMA.—¿Está preparada Rosemary?

MILLIE.—Suba si quiere.

CHRISTINE.—*(A* MILLIE.) Anoche no vimos a Madge en la excursión.

MILLIE.—A mucha gente le sucedió lo mismo.

IRMA.—*(Lanzando a* CHRISTINE *una significativa mirada.)* Vamos, Christine. Creo que vamos a tener que sacar de la cama a esa dormilona. *(Entran en la casa por la puerta principal. Llega* BOMBER *en su bicicleta, se apea de la máquina, arroja un periódico a la puerta de la*

SEÑORA POTTS *y luego otro al porche posterior de la* SEÑORA OWENS. *Hecho esto, sube al porche de la* SEÑORA POTTS, *con objeto de atisbar en la habitación de* MADGE.) BOMBER.—¡Eh, Madge! ¿Quieres bailar conmigo? ¡Resérvame el próximo, Madge!

MILLIE.—¡Cállate, idiota!

BOMBER.—Mi hermano los ha visto debajo del puente. Alan Seymour los estuvo buscando por toda la ciudad. Tu hermana siempre se ha dado muchos aires, pero yo sabía que le gustaban los chicos. *(Ve acercarse a* ALAN *más allá de la casa de la* SEÑORA OWENS, *y se aleja rápidamente.)* MILLIE.—Algún día mataré realmente a ese vil bastardo. *(Se vuelve y ve a* ALAN.) ALAN.—¿Puedo ver a Madge?

MILLIE.—Voy a llamarla, Alan. *(Llama hacia la ventana de* MADGE.) ¡Madge! ¡Ha venido Alan! *(Volviéndose hacia este.)* Probablemente tendrá que vestirse.

ALAN.—Esperaré.

MILLIE.—*(Se sienta en el tocón y se dirige a* ALAN *con mucha timidez.)* Yo... quiero decirte que siempre he estado encariñada contigo. ¿No lo sabías?

ALAN.—*(Con cierta sorpresa.)* ¿Encariñada conmigo?

MILLIE.—*(Asiente con un movimiento de cabeza.)* Cuesta mucho trabajo decirle a una persona que se siente cariño por ella, ¿verdad?

ALAN.—*(Con una sombra de amargura.)* A algunos les es muy fácil.

MILLIE.—Se siente una como una tonta. No sé por qué.

ALAN.—*(Conmovido.)* Yo... te agradezco que te hayas encariñado conmigo, Millie.

MILLIE.—*(Se percibe claramente su soledad.)* No espero que puedas hacer nada, pero quería decírtelo. *(Llega* HOWARD, *que atraviesa apresuradamente la puerta del jardín, muy trastornado. Se dirige a* MILLIE.) HOWARD.—¿Puedo ver a Rosemary?

MILLIE.—Hola, Howard, ¿qué hace usted por aquí?

HOWARD.—Creo que me estará esperando.

MILLIE.—Será mejor que le dé una voz desde el pie de la

escalera. (HOWARD *está a punto de penetrar en la casa, pero retrocede al oír las siguientes palabras de* MILLIE.) Están todas arriba.

HOWARD.—*(Muy serio.)* ¿Todas?

MILLIE.—La señora Potts, y la señorita Kronkite, y la señorita Schoenwalder.

HOWARD.—¡Caramba! Yo quiero verla a ella sola.

ROSEMARY.—*(Desde dentro.)* ¡Howard! *(Adentro, dirigiéndose a todas las mujeres.)* ¡Es Howard! ¡Ha venido!

HOWARD.—*(Sintiéndose atrapado.)* ¡Caramba! *(Se oye dentro de la casa un jubiloso parloteo de voces femeninas.* HOWARD *lanza una última y lastimosa mirada a* MILLIE *y entra en la casa.* MILLIE *le sigue, y* ALAN *se queda solo en el jardín. Al cabo de un momento,* MADGE *sale por la puerta de la cocina. Lleva un vestido muy sencillo y todo su ser parece como sublimado por el sufrimiento. Su expresión es inescrutable.)* MADGE. —Hola, Alan.

ALAN.—*(Muy conmovido al verla.)* ¡Madge!

MADGE.—Siento mucho lo de anoche.

ALAN.—Madge, sea lo que fuere lo que haya sucedido..., no ha sido culpa tuya. Conozco a Hal cuando ha bebido. Pero ya he hecho que se ocupen de él. No volverá a molestarte.

MADGE.—¿Sí?

ALAN.—En la Universidad me pasaba la mitad de la vida sacándole de líos. Sabía que no había tenido mucha suerte y me daba pena. Y ya ves cómo me lo agradece.

MADGE.—*(Todavía en actitud evasiva.)* ¿En dónde está ahora?

ALAN.—No te preocupes de Hal. Yo me encargo de transmitirte su adiós oficial.

MADGE.—*(Sigue siendo imposible descifrar sus sentimientos.)* ¿Se ha ido?

flO.—*(Sale apresuradamente por la puerta de la cocina. Ya vestida.)* ¡Alan! No sabía que estuviese aquí. *(Se oyen gritos en el interior de la casa. Aparece* MILLIE, *lanzando arroz por encima del hombro a todos los demás, que ríen y hablan a gritos, de modo que solo se*

percibe parte de lo siguiente:) SEÑORA POTTS.—¡Aquí está la novia! ¡Aquí está la novia!

IRMA.—¡Vivan los novios!

CHRISTINE.—¡Se lleva una mujer maravillosa, Howard Bevans!

IRMA.—¡Rosemary tendrá un excelente marido!

CHRISTINE.—¡No la hay mejor que Rosemary!

SEÑORA POTTS.—¡Que sean muy felices!

IRMA.—¡Vivan los novios!

SEÑORA POTTS.—¡Que sean eternamente felices! *(Han salido todos al porche y se ve a* HOWARD *llevando dos maletas. Su rostro tiene una expresión de completa confusión.* ROSEMARY *luce un vestido de calle con muchos ringorrangos.)* IRMA.—*(A* ROSEMARY.) Chica, ¿llevas algo que no sea nuevo?

ROSEMARY.—Un par de medias de "nylon", pero están como nuevas.

CHRISTINE.—El vestido es flamante. Rosemary, ¿tienes algo morado? No lo veo.

ROSEMARY.—*(Picarescamente.)* ¡Ni lo verás! *(Ríen todos, y* ROSEMARY *empieza a hacer un inventarío de efectos personales.)* ¡Algo prestado! ¡No tengo nada prestado! *(Se ve aparecer la cabeza de* HAL *en las proximidades de la leñera. Observa unos instantes la escena, y, cuando se ha convencido de que no le verá nadie, corre a meterse en el cobertizo.)* flO.—Madge, préstale algo a Rosemary. Te dará buena suerte. ¡Vamos, Madge! *(Toma a* ALAN *del brazo y le atrae a los escalones.)* Rosemary, Madge tiene una cosa para prestársela.

MADGE.—*(Acercándose al grupo congregado junto a los escalones.)* Puedo dejarle mi pañuelo, señorita Siydney.

ROSEMARY.—Gracias, Madge. *(Coge el pañuelo.)* Chicas, ¿verdad que Madge es preciosa?

IRMA y CHRISTINE.—¡Oh, sí! ¡Desde luego! (MADGE *se vuelve y deja al grupo, dirigiéndose a casa de la* SEÑORA POTTS.) ROSEMARY.—*(Durante lo anterior.)* ¡Qué modesta es! Una chica tan guapa como Madge puede navegar por la vida sin preocupaciones. (ALAN *se aleja*

del grupo y va en pos de MADGE. *A su vez,* flO *también se aparta de los demás y se dirige hacia* MADGE. ROSEMARY *sigue a* flO.) Señora Owens, he dejado mi bolsa de agua caliente en el armario y los rizadores están en el cuarto de baño. Pueden ustedes quedarse con ellos. He guardado el resto de mis cosas en el ático. Howard y yo vendremos a buscarlas cuando nos hayamos instalado. Cherryvale no está tan lejos de aquí. Podremos seguir siendo buenas amigas, como hasta ahora. (HAL *asoma cautelosamente la cabeza desde la puerta de la leñera y atrae la atención de* MADGE, *que se sobresalta al verle.)* flO.—Me molesta hablar de estas cosas en estos momentos, Rosemary, pero es que no nos lo ha comunicado con mucha antelación. ¿Conoce a alguien a quien pudiera alquilar la habitación?

IRMA.—(A ROSEMARY.) ¿No le has hablado de Linda Sue Breckenridge?

ROSEMARY.—¡Ah, es verdad! Linda Sue Breckenridge..., la maestra de costura.

IRMA.—*(A todos, con énfasis.)* ¡Y una muchacha excelente!

ROSEMARY.—Tuvo una discusión con la señora Bendix porque esta quería cobrarle veinte centavos por el jugo de naranja que toma por la mañana, y ninguna de nosotras hemos pagado nunca más de quince, ¿verdad, chicas?

IRMA y CHRISTINE.—*(Apoyándola con vehemencia.)* ¡No! ¡Nunca hemos pagado más que eso!

ROSEMARY.—Irma, encárgate de decirle a Linda Sue que se ponga en contacto con la señora Owens.

IRMA.—Así lo haré.

flO.—Gracias, Rosemary.

HOWARD.—Rosemary, todavía tenemos que recoger la licencia...

ROSEMARY.—*(A* IRMA *y* CHRISTINE, *lloriqueando ruidosamente todas ellas.)* ¡Adiós, chicas! ¡Lo hemos pasado muy bien juntas! (IRMA, CHRISTINE *y* ROSEMARY *se abrazan.)* HOWARD.—*(Un poco desasosegado.)* ¡Vamos, cariño! (ALAN *coge ¡as maletas de manos de* HOWARD. *A* ALAN.) El hombre tiene que formar un hogar alguna vez.

ALAN.—Naturalmente.

HOWARD.—Y la gente prefiere tratar con un comerciante casado.

ROSEMARY.—*(A* MADGE *y* ALAN.) Espero que sean tan felices como vamos a ser Howard y yo. *(Volviéndose a la* SEÑORA POTTS.) Ha sido usted una amiga maravillosa, señora Potts.

SEÑORA POTTS.—Le deseo toda suerte de felicidades, Rosemary.

ROSEMARY.—Adiós, Millie. Algún día serás una célebre escritora y yo me enorgulleceré de haberte conocido.

MILLIE.—Gracias, señorita Sydney.

HOWARD.—*(A* ROSEMARY.) ¿Todo listo?

ROSEMARY.—Todo listo y dispuesto para la marcha... *(Un súbito pensamiento cruza por su mente.)* ¿Adonde vamos?

HOWARD.—*(Tras una pausa embarazosa.)* Bueno..., tengo un primo que es dueño de un parador de turistas en los Ozarks. Su esposa y él no tendrán inconveniente en alojarnos allí gratis.

ROSEMARY.—¡Oh, me encantan los Ozarks! *(Se apodera del brazo de* HOWARD *y ambos hacen mutis. Sale también* ALAN *con las maletas.* IRMA, CHRISTINE, *la* SEÑORA POTTS *y* MILLIE *los siguen, todas lanzando puñados de arroz y dando voces.)* TODAS.—*(Saliendo.)* ¡Los Ozarks están preciosos en esta época del año! —¡Que sean muy felices! —¡Vivan los novios! — ¡Se lleva una mujer maravillosa! —¡Se lleva un hombre maravilloso!

flO.—*(A solas con* MADGE.) Madge, ¿qué ha sucedido anoche? No me has dicho una sola palabra.

MADGE.—Déjame en paz, mamá.

ROSEMARY.—*(Desde fuera.)* Señora Owens, ¿no viene a decirnos adiós?

flO.—*(Exasperada.)* ¡Oh Dios mío! He estado diciéndole adiós toda la mañana...

ALAN.—*(Apareciendo en la puerta del jardín.)* Señora Owens, la señorita Sydney desea entregarle las llaves de su casa.

SEÑORA POTTS.—*(Detrás de* ALAN.) ¡Vamos, Flo!

FLO.—*(Saliendo apresuradamente.)* Ya voy, ya voy. *(Sigue a* ALAN *y a la* SEÑORA POTTS *para reunirse con el ruidoso grupo de los demás. Aparece* HAL, *que ha abandonado el refugio de la leñera. Trae las ropas empapadas y adheridas al cuerpo. Está descalzo y en su camisa hay sangre. Se detiene delante de* MADGE.) HAL.—¡Nena!

MADGE.—*(Retrocediendo.)* No has debido venir aquí.

HAL.—Escucha, nena: estoy en un apuro.

MADGE.—Lo tienes merecido.

HAL.—El padre de Seymour me ha echado encima a los guardias. Me ha acusado de haberle robado el coche. Tuve que dejar fuera de combate a uno de aquellos bastardos y cruzar el río a nado para librarme de ellos. Si me echan el guante, voy a pasarlo mal.

MADGE.—*(Ve ahora las cosas de manera un poco diferente.)* Has nacido para estar siempre metido en atolladeros...

HAL.—Nena, tenía que decirte adiós.

MADGE.—*(Sin manifestar todavía sus sentimientos.)* ¿Adonde vas?

HAL.—No tardará en llegar el mercancías. Saltaré a él. Lo he hecho ya muchas veces.

MADGE.—¿Qué piensas hacer?

HAL.—Tengo algunos amigos en Tulsa. Siempre podré entrar a trabajar como recadero en el Hotel Mayo. Cariño, me repugna decir adiós.

MADGE.—*(Sin saber exactamente cuáles son sus propios sentimientos.)* Bueno..., no sé qué otra cosa se puede hacer.

HAL.—¿Estás enfadada todavía, nena?

MADGE.—*(Evasivamente.)* Yo... nunca he conocido a un hombre como tú. *(Se va aquietando el alborozo de fuera, y, entre las voces, se oye el coche de* HOWARD, *que se aleja llevándose a la pareja. Regresa* FLO, *que se detiene en la puerta del jardín al ver a* HAL.) FLO.—¡Madge! *(Llega* ALAN *corriendo.)* ALAN.—*(Irritado.)* ¿Qué haces tú aquí, Hal? *(Entran la* SEÑORA POTTS *y* MILLIE, *seguidas de* IRMA *y* CHRISTINE.) SEÑORA POTTS.—Pero ¡si es el joven!

HAL.—Escucha, Seymour: yo no he robado tu piojoso coche. ¡Tenlo bien entendido!

ALAN.—Si sabes lo que te conviene, será mejor que te marches inmediatamente de la ciudad.

HAL.—Me iré cuando haya terminado.

SEÑORA POTTS.—¿Irse? Yo creí que se quedaría definitivamente aquí.

HAL.—No, señora, no me quedo.

ALAN.—*(Lanzándose furiosamente sobre* HAL.) Te irás ahora mismo. ¿Por quién me has tomado?

HAL.—*(Conteniendo a* ALAN, *sin querer luchar con él.)* Escucha, muchacho: no quiero pelear contigo. Eres el único amigo que he tenido en mi vida.

ALAN.—Ya no somos amigos. Y no te temo. *(Se abalanza sobre* HAL, *pero este es muy superior a él en fortaleza y agilidad, y le sujeta rápidamente los brazos a la espalda, derribándole al suelo.* IRMA *y* CHRISTINE *contemplan excitadamente la escena desde la puerta del jardín. La* SEÑORA POTTS *está sobrecogida de temor,* ALAN *lanza un grito de dolor.)* ¡Suéltame, maldito vagabundo! ¡Suéltame!

flO.—*(A* HAL.) ¡Suéltele ahora mismo! *(Pero* ALAN *ha de admitir su derrota.* HAL *le suelta, y aquel se retira al escalón de la puerta posterior de la casa de la* SEÑORA POTTS. *Allí se sienta, con las manos en el rostro, sufriendo la más profunda humillación. Se oye a lo lejos el silbido de un tren.* HAL *corre al lado de* MADGE.) HAL.—*(A* MADGE.) Nena, ¿no vas a decirme adiós?

flO.—*(A* IRMA *y* CHRISTINE.) ¿Por qué no se marchan ya, señoritas? Esto no es un espectáculo público. (IRMA *y* CHRISTINE *se alejan ofendidas.)* MADGE.—*(Con la cabeza baja, sin querer mirar a* HAL.) Pues... adiós...

HAL.—No estés enfadada, nena, por favor. Estabas allí, a mi lado, tan bonita, diciendo aquellas cosas tan dulces, que yo... Bueno, creí que también me querías, nena. Lo creí.

MADGE.—Muy bien. No estoy enfadada.

HAL.—Gracias, nena. No sabes cuánto te lo agradezco.

FLO.—*(Como un "terrier" ladrador.)* Joven, si no se marcha ahora mismo, llamaré a la Policía para que le meta donde debe estar. (MADGE *y* HAL *ni siquiera la oyen.)* MADGE.—Yo..., yo te quise... desde el primer instante en que te vi.

FLO.—*(Indignada.)* ¡Madge!

HAL.—*(Radiante.)* ¿De verdad? (MADGE *afirma con la cabeza.)* Aunque lo sospechaba, no me atrevía a creerlo. (HAL *da todo por bien empleado.* MILLIE *observa la escena con aire escéptico desde el escalón de la puerta. La* SEÑORA POTTS *los contempla arrobada desde el fondo.* FLO *trata alternativamente de atender a* ALAN *y de desembarazarse de* HAL.) FLO.—Madge, entra en casa ahora mismo. (MADGE *no se mueve.)* HAL. —Mira, mi vida: no lo he dicho hasta ahora. No podía. Me producía una impresión muy rara, pero...

MADGE.—¿Qué?

HAL.—Bueno, que estoy loco por ti. Eso es.

MADGE.—Tú has hecho el amor a muchas chicas...

HAL.—Pocas.

MADGE.—... lo mismo que me lo has hecho a mí anoche.

HAL.—No lo mismo que anoche, cariño. Lo de anoche fue... *(Busca afanosamente la expresión adecuada.)* una "inspiración".

MADGE.—¿De veras?

HAL.—Aquella manera de sentarte allí a mi lado, comprendiendo cuáles eran mis sentimientos... La forma en que me cogiste la mano mientras hablabas...

MADGE.—No podía presenciar impasible la forma en que te trató la señorita Sydney. Después de todo, eres un hombre.

HAL.—Y tú eres una mujer, cariño, lo sepas o no lo sepas. Eres una mujer viva y verdadera. *(Se oye en la distancia el estridor de la sirena de la Policía.* FLO, *la* SEÑORA POTTS *y* MILLIE se *llenan de alarma.)* MILLIE.—¡Eh, los guardias!

SEÑORA POTTS.—Yo me ocuparé de ellos. *(La* SEÑORA POTTS *sale apresuradamente por la derecha.* MILLIE *observa lo que ocurre.* HAL *y* MADGE *no se han movido. Siguen mirándose uno en los ojos del otro.*

Luego, HAL *rompe a hablar.)* HAL.—¿Me..., me amas?

MADGE.—*(Llenándosele los ojos de lágrimas.)* ¿Y de qué sirve eso aunque así sea?

HAL.—Yo soy un pobre bastardo, mi vida. Tengo que reclamar en este mundo las cosas que son mías. Dame un beso de despedida. *(La toma en sus brazos y la besa.)* Vente conmigo, cariño. Me dan una habitación en los bajos del hotel. Es un poco pequeña, pero la compartiríamos hasta que encontrásemos algo mejor.

flO.—*(Ultrajada.)* ¡Madge! ¿Te has vuelto loca?

MADGE.—No puedo. *(El tren silba en la distancia.)* flO.—Joven, será mejor que coja ese tren cuanto antes.

HAL.—*(A* MADGE.) Cuando oigas partir de aquí a ese tren, sabiendo que me voy en él, tu pobre corazón estallará, porque tú me amas. ¡Sí, maldita sea! Me amas, me amas, me amas. *(Estampa un beso final en los labios de* MADGE, *y luego echa a correr para coger el tren.* MADGE *se deja caer al suelo, sin fuerzas, cuando él la suelta.* flO *acude rápidamente al lado de su hija para consolarla.)* flO.—Levántate, hija.

MADGE.—¡Oh mamá!

flO.—¿Por qué habrá tenido que sucederte esto a ti?

MADGE.—¡Le amo! ¡Le amo!

flO.—Calla, hija, calla. Los vecinos están en los porches observando.

MADGE.—Nunca he conocido un sentimiento así. ¿Por qué no me ha advertido alguien?

MILLIE.—*(Mirando a lo lejos, desde el fondo.)* Ya está. Ha saltado al tren.

MADGE.—*(Lanza un grito de hondo pesar.)* Ya no le veré nunca más...

flO.—Madge, créeme, eso es lo mejor.

MADGE.—¿Por qué? ¿Por qué?

flO.—Al menos, no te has casado con él.

MADGE.—*(Exhalando un gemido de angustia.)* ¡Oh mamá! ¿Qué puede hacerse con el amor que se siente? ¿Dónde se puede colocar?

FLO.—*(Batida y derrotada.)* Yo... nunca lo he sabido. (MADGE *entra en casa, llorando. Regresa la* SEÑORA POTTS, *trayendo las botas de* HAL. *Las deposita en el porche.)* SEÑORA POTTS.—La Policía las ha encontrado en la orilla del río.

ALAN.—*(Se levanta de los escalones de la casa de la* SEÑORA POTTS.) A las chicas siempre les ha gustado Hal. Meses después de haber dejado el club, nunca faltaba por allí una u otra. "¿Está Hal?" "¿Sabe alguien adonde ha ido Hal?" En sus voces vibraba la desesperación.

FLO.—Alan, venga a cenar esta noche. Tendremos pastel de batata y todas las cosas que tanto le gustan.

ALAN.—Me marcho fuera, señora Owens.

FLO.—¿Cómo?

ALAN.—Mi padre tiene grandes deseos de que le lleve a Michigan a pescar. Siempre he dado largas al asunto, pero ahora...

FLO.—Vendrá por aquí antes de volver a la Universidad, ¿verdad?

ALAN.—Estaré de regreso para Navidad, señora Owens.

FLO.—¡Para Navidad! Alan, pase a decir adiós a Madge.

ALAN.—*(Recordando su pasado amor.)* Madge es muy bella. Me sentía orgulloso mirándola y diciéndome que era mía...

FLO.—¡Véala una vez más, Alan!

ALAN.—*(Resueltamente.)* ¡No! Volveré para Navidad. Entonces vendré a saludarlas. *(Hace mutis corriendo.)* FLO.—*(Lanzando un doloroso grito por la pérdida que sufre.)* ¡Alan!

SEÑORA POTTS.—*(Consoladora.)* Volverá, Flo. Volverá.

MILLIE.—*(Diciendo adiós con la mano.)* ¡Adiós, Alan!

FLO.—*(Reanudando el hilo de la vida.)* Prepárate para ir a la escuela, Millie.

MILLIE.—*(Dirigiéndose a la puerta, un poco triste.)* ¡Caramba! Casi lo había olvidado. *(Entran en casa.* FLO *se vuelve a la* SEÑORA POTTS.) FLO.—A usted... le gustaba ese joven, ¿no es verdad, Helen? Confiéselo.

SEÑORA POTTS.—En efecto, me gustaba.

FLO.—*(Despectivamente.)* ¡Hum!

SEÑORA POTTS.—Estando siempre solas en la casa mamá y yo, había llegado a acostumbrarme a las cosas según están... Todo tan ordenadito, de cuando en cuando una horquilla en el suelo, el geranio en la ventana, el olor de las medicinas de mamá...

FLO.—Yo conservaré en mi casa las cosas tal y como están, gracias a Dios.

SEÑORA POTTS.—No, si hubiese en ella un hombre, Flo. Ese joven entró por la puerta y de pronto todo fue diferente. Pasaba por las habitaciones, tan pequeñitas, como si todavía estuviese en los grandes espacios abiertos, y hablaba con voz retumbante, que hacía temblar al cielo raso. Todo lo que hacía me recordaba que había un hombre en la casa, y eso me parecía bueno.

FLO.—*(Excéptica.)* ¿Sí?

SEÑORA POTTS.—Y también me recordaba que yo soy una mujer, lo cual me parecía igualmente bueno. *(Aparece* MILLIE *en la puerta principal, contoneándose, cargada de libros escolares.)* MILLIE.—*(Desdeñosamente.)* Madge está enamorada de ese loco. Está llorando a lágrima viva.

FLO.—Ocúpate de lo tuyo y vete a la escuela.

MILLIE.—Yo no me enamoraré nunca. Ni hablar.

SEÑORA POTTS.—Espera a ser un poco mayor antes de repetir eso, Millie, chiquilla.

MILLIE.—Ya soy bastante mayor. Madge puede quedarse en este poblacho si quiere y casarse con algún desgalichado y tener una caterva de sucios arrapiezos. Cuando yo me gradúe en la Universidad me iré a Nueva York y escribiré novelas que harán perder el sentido a la gente.

SEÑORA POTTS.—Eres una chica de talento, Millie.

MILLIE.—*(Victoriosamente.)* Seré tan grande y tan famosa, que nunca tendré que enamorarme.

UNA VOZ DE MUCHACHO.—*(Desde fuera, interrumpiendo a* MILLIE.) ¡Eh, tú, gorgojo!

MILLIE.—*(Localizándole en la lejanía.)* Es "Toldilla" McCullough. Se cree que es muy listo.

VOZ DE MUCHACHO.—¡Eh, retaco! Ven a darme un beso, que quiero vomitar.

MILLIE.—*(Encendida de ira.)* Si cree que puede irse tan tranquilo después de eso, está loco. *(Coge un palo para castigar al ofensor.)* flO.—¡Millie! ¡Millie! Ya eres una chica mayorcita. (MILLIE *lo piensa mejor, suelta el palo e inicia el mutis.)* MILLIE.—Hasta la tarde. *(Vase.)* flO.—*(Buscando ser reconfortada.)* Alan volverá, ¿no le parece, Helen?

SEÑORA POTTS.—Pues claro que volverá, Fio. Regresará para Navidad y llevará a la muchacha al baile del Club de Campo. Se casarán y vivirán felices el resto de sus días.

flO.—Así lo espero. *(Súbitamente aparece* MADGE *en la puerta principal. Se ha puesto un sombrero y lleva en la mano un maletín de cartón. En su rostro se lee una expresión de firme resolución. Se dirige derechamente a la puerta del jardín.* flO, *atónita.)* ¡Madge!

MADGE.—Me voy a Tulsa, mamá.

SEÑORA POTTS.—*(Aparte.)* ¡Santo cielo!

MADGE.—Te ruego que no te enfades. No lo hago con ningún deseo de mostrarme desdeñosa.

flO.—*(Llevándose las manos a la cabeza.)* ¡Por vida mía!

MADGE.—Comprendo tus sentimientos, pero no veo otro camino.

flO.—*(Con ansiedad.)* Escucha, Madge; Alan volverá para Navidad. Te llevará al baile del Club de Campo. Te haré otro vestido nuevo y...

MADGE.—Me voy, mamá.

flO.—*(Frenética.)* ¡Madge! Escucha lo que tengo que decir...

MADGE.—El autobús sale dentro de unos minutos.

FLO.—No es bueno. Nunca será capaz de mantenerte. Cuando consiga trabajo se gastará en beber todo el dinero. Y no pasará mucho tiempo sin que haya otras mujeres.

MADGE.—He pensado en todo eso.

SEÑORA POTTS.—No se ama a un hombre porque sea perfecto, Flo.

FLO.—¡Oh Dios mío!

VOCES DE MUCHACHOS.—*(A lo lejos.)* ¡Eh, Madge! ¡Hola, preciosa! ¡Me gustas!

SEÑORA POTTS.—¿Quiénes son esos muchachos?

MADGE.—Algunos de la pandilla en su bólido. *(Besa a la* SEÑORA POTTS.) Adiós, señora Potts; la echaré casi tanto de menos como a mi madre.

FLO.—*(Tirando del vestido a* MADGE, *tratando de arrebatarle el maletín.)* Escúchame, Madge. Yo no puedo dejarte...

MADGE.—Es inútil, mamá. Me voy. No te preocupes. Tengo diez dólares que estaba ahorrando para unos zapatos, y he visto algunos anuncios en el "World" de Tulsa. Hay muchos empleos de camareras. Mamá, dile adiós a Millie de mi parte. Dile que mentía siempre que le afirmaba que la aborrecía.

FLO.—*(Gimiendo.)* Madge..., Madge...

MADGE.—Dile que siempre me he sentido muy orgullosa de tener una hermana tan inteligente. (MADGE *sale corriendo.* FLO, *que seguía aferrada a su vestido, lo suelta y permanece inmóvil en la puerta del jardín, contemplando a su hija, que se aleja.)* FLO.—Helen, ¿podía haberla detenido?

SEÑORA POTTS.—¿Podría alguien haberla detenido a usted, Flo? (FLO *lanza a la* SEÑORA POTTS *una mirada de comprensión.)* VOCES DE MUCHACHOS.—¡Eh, Madge! ¡Me gustas, preciosa!

FLO.—*(Siguiendo con la mirada a su hija en la lejanía.)* ¡Es tan joven! Hay tantas cosas de las que me proponía hablarle y nunca encontré ocasión oportuna para ello...

SEÑORA POTTS.—Ya las aprenderá por sí sola, Flo.

LA MADRE DE LA SEÑORA POTTS.—¡Helen! ¡Helen!

SEÑORA POTTS.—Ten paciencia, mamá. *(Empieza a subir los escalones del porche posterior de su casa.* FLO *continúa en la puerta del jardín, con la mirada prendida en la lejanía. Telón.)*

FIN